

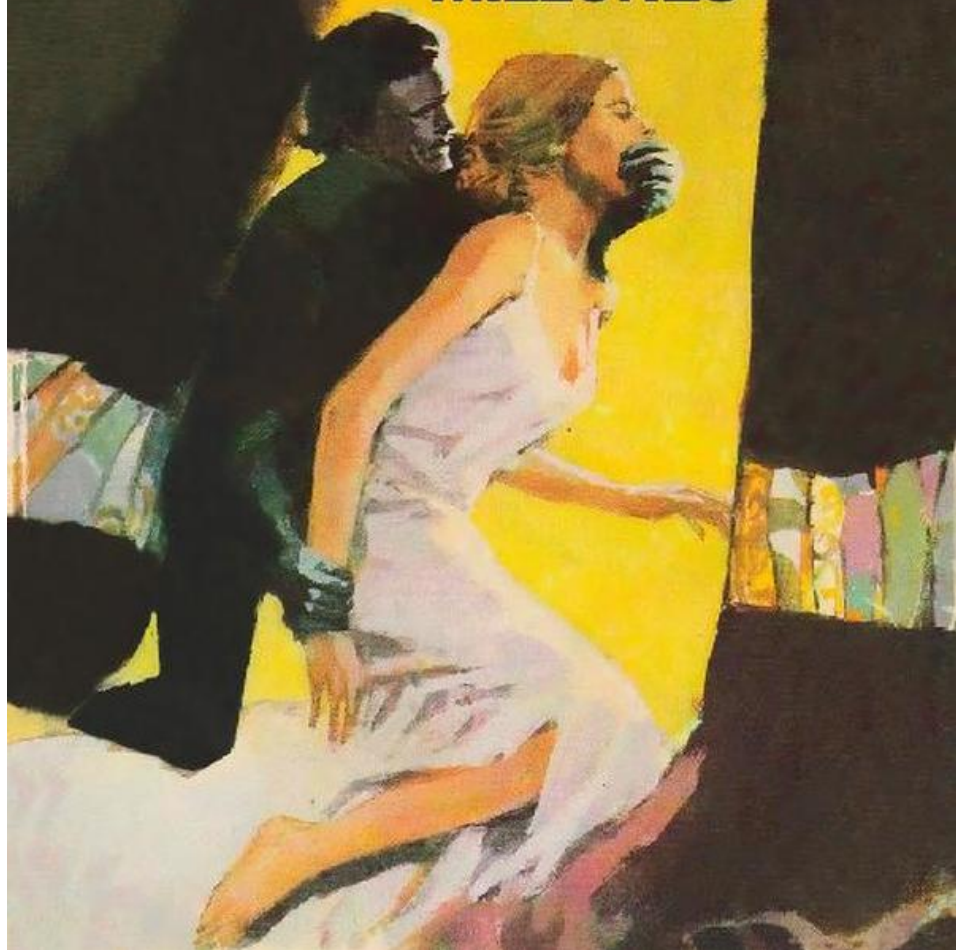
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

Clark Carrados

LA CHICA
DE LOS
DIEZ
MILLONES





**SERVICIO
SECRETO**



CURTIS GARLAND

LA CHICA DE LOS DIEZ MILLONES

SERVICIO SECRETO n.º 1633

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 28.223 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1981

© Clark Carrados – 1981
texto

© Desilo – 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Era una chica preciosa, con las redondeces justas en los sitios apropiados. Tenía el pelo del color del trigo maduro y sus pupilas parecían hechas de un trocito de cielo al amanecer. Como hacía buen tiempo, vestía un traje estampado, de manga corta y escote moderado, que la confería un aspecto realmente seductor. Fay Rohrman era el más claro ejemplo de la vitalidad y frescura juveniles.

Además, ella se sabía con una salud perfecta. Desconocía qué era siquiera una tableta de analgésico. Aparte de las dolencias propias de la infancia, jamás había estado enferma. Ni siquiera sabía qué era un mal resfriado y, si hubiera sido por ella, los dentistas se habrían arruinado.

Por la misma razón, Fay se detuvo cuando vio a aquel inválido en su silla de ruedas, modestamente vestido y con un bastón blanco en la mano izquierda. Sintió horror y compasión infinitos por aquel desgraciado al que le faltaban las dos piernas, según se podía apreciar por las perneras vacías de los pantalones, a partir de las rodillas.

La silla se movía mediante un motorcito eléctrico, muy despacio, y el inválido tanteaba el terreno con el bastón blanco. Fay no le podía ver los ojos, porque los tenía tapados con unas gafas de color.

Una gran oleada de pena la asaltó de inmediato y, sin poder contenerse, se detuvo ante el inválido.

—Perdón —dijo.

—¿Sí, señora? —contestó el hombre que estaba inmovilizado en la silla de ruedas.

—No sé cómo decirle... —Fay titubeó un poco y luego continuó —: Me siento muy impresionada... ¿Un accidente de trabajo?

—No, señora. Vietnam.

—Oh...

Fay contempló con infinita piedad a aquel hombre que, en plena flor de la edad, era sólo un despojo. Ciego, sin piernas... De pronto, con súbito arranque, abrió su bolso y sacó algo.

—Me gustaría poder hacer mucho más por usted —manifestó, a la vez que ponía en las manos del inválido unos cuantos billetes.

—Caramba —dijo el inválido.

—Por favor, no lo rechace... Sé que, aun en su estado, tendrá otras compensaciones... Cómprase algo que pueda servirle de satisfacción...

—Señorita, es usted un ángel.

Fay se ruborizó.

—Sólo soy una muchacha que se siente infinitamente afligida al verle a usted —contestó—. ¿Cómo se llama?

—Hunt, Damon Hunt.

—Soy Fay Rohrman. Si puedo hacer algo más por usted...

Hunt no contestó. Fay se dio cuenta de que tenía la cabeza vuelta un poco a su izquierda, como si mirase a un punto situado detrás de ella. Pero no, no podía ser; estaba ciego...

De súbito, Hunt lanzó una gruesa interjección, a la vez que, inesperadamente, se ponía en pie y echaba a correr.

Fay se quedó con la boca abierta, absolutamente estupidizada. El inválido tenía las piernas completas y corría como un galgo, a la vez que gritaba algo a voz en cuello.

—Párate... Quiero, te digo, maldita sea...

Fay se había vuelto para contemplar aquella insólita escena. Había un hombre que corría delante de Hunt, pero su velocidad no podía compararse con la de su perseguidor. Quince segundos más tarde, Hunt alcanzó, al sujeto y le agarró por el cuello con una mano.

—Quieto, Jock Burnett —dijo—. No trates de huir; sería inútil. Anda, vamos, vuelve hacia atrás, tengo mi coche preparado y...

—Escuche, Hunt, creo que se equivoca. Yo no sé nada...

—De modo que no sabes nada del caso Langdon, ¿eh? Viste cómo se lo cargaban y tratas de decirme que lo ignoras todo. Bueno, tú viste algo y alguien vio que tú veías algo, así que ya te aclararás en la oficina del capitán Reíd. Vamos, camina, estúpido.

Burnett emitió unos cuantos gruñidos, con los cuales quería expresar su desaprobación por lo que le estaba sucediendo.

—Sí, sí, ya sé que no te gusta. Ya sé que vas a decirnos que no quieres hablar, porque esa pandilla podría darte un buen disgusto. Pero al capitán Reid le gustaría llevar al juez a cierto tipo que anda también mezclado en un asuntillo de joyas robadas. Con los antecedentes que tienes, podrían caerte de seis a diez años y... ¿Verdad que hablarás, Jock? —dijo Hunt alegremente.

Los dos hombres retrocedían hacia el lugar donde estaba la silla de ruedas. Fay seguía viéndolo todo sin haber conseguido salir aún de su asombro.

Algunos viandantes les miraban también con curiosidad, pero seguían su camino inmediatamente. Hunt y su prisionero llegaron junto a la muchacha.

—Siento haberla engañado, señorita Rohrman —dijo Hunt—. Cuando sepa que estaba aguardando a este tipo, testigo importante en un caso de asesinato, sabrá disculpar el truco.

Fay asintió, sin poder hablar todavía. Sujetando a Burnett con una mano, Hunt se inclinó para tomar un transistor portátil que tenía en la silla de ruedas.

—Tengo a Burnett —anunció por radio—. Envíe un coche patrulla para que se lo lleve. Yo tengo que devolver la silla de ruedas a su dueño.

Hunt se quitó los lentes de color, miró a la muchacha y sonrió.

—Sí, un ángel —añadió.

Fay volvió a ruborizarse.

—No..., nunca me imaginé que...

—Se lo contaré en otro momento, si me lo permite —dijo Hunt.

En aquel momento, Burnett se estremeció con violencia. Un hombre había tropezado con él y se alejó, murmurando unas disculpas.

—El corazón... Me duele —se quejó.

Había palidecido de pronto y flaqueó.

—Jock, no emplees ninguno de tus malditos trucos —dijo Hunt, irritado.

Inesperadamente, Burnett se venció hacia adelante. Cayó sobre la silla de ruedas, antes de que Hunt pudiera sostenerle y, de forma involuntaria, accionó el mando de arranque.

La silla pareció dispararse y rodó con el cuerpo de Burnett atravesado sobre ella. Hunt tardó algunos segundos en reaccionar, estupefacto, porque no comprendía lo que sucedía. Luego, salió corriendo detrás de la silla, que ya había saltado a la calzada y la atravesaba diagonalmente.

—Jock, maldita sea, no me vas a engañar...

En aquel instante llegaba un camión pesado a toda velocidad. El morro del vehículo embistió a la silla, que voló por los aires con su ocupante. Burnett se separó de la silla, cayó sobre el asfalto, resbaló lateralmente y se detuvo al borde de la acera, mientras los frenos del camión chirriaban de un modo espantoso.

Hunt se dio una bofetada en la cara y luego se la apretó con la mano derecha, como si quisiera castigarse a sí mismo por la imprudencia cometida. Pero aquello ya no tenía remedio.

Fay le miraba con los ojos muy abiertos, horrorizada por lo que había visto. Al cabo de unos segundos, Hunt se inclinó y agarró una de las perneras vacías que tenía cosida a la rodillera del pantalón. Tiró con fuerza y arrancó la pernera. Luego hizo lo mismo con la otra y las arrojó a un lado, furioso consigo mismo. Había conseguido un importante éxito y, en el último minuto, se había dejado engañar como un chino.

Un coche patrulla se acercaba a toda velocidad, con estridentes aullidos de la sirena. El chófer del camión explicaba a todo el que quería oírle que no había podido evitar la colisión.

—Las sillas de ruedas son vehículos también, ¿no? Entonces, ¿por qué diablos no respetó la luz roja?

Fay se acercó al atribulado joven.

—¿Puedo hacer algo por usted? —se ofreció sinceramente—. No, gracias... excepto declarar, cuando la requieran —contestó Hunt—. Lo ha visto todo, supongo.

—Sí, en efecto.

—¿Tiene inconveniente en darme su dirección?

—Por supuesto, señor Hunt.

Al día siguiente, Hunt recibió una llamada inesperada.

—Soy Fay Rohrman —dijo la mujer, que estaba al otro lado de la línea.

—Oh, señorita Rohrman... ¿Desea algo?

—Quería decirle que he leído los periódicos. No comprendo

cómo su superior ha podido destituirle.

Hunt lanzó una risa amarga.

—El capitán Reid se lo tomó muy a pecho. Dijo que podía haber detenido a Burnett empleando otros procedimientos menos sofisticados. No quiso aceptar el argumento de que Burnett me conocía tanto como si hubiese sido mi hermano. El disfraz de inválido fue lo único que le hizo picar, ¿comprende?

—Y por eso le han echado de la policía...

—Bueno, no exactamente. De momento, me ha dicho que me tome un par de semanas de vacaciones forzosas. Luego ya estudiará el puesto que piensa asignarme. Espero que no deje de saludarme, cuando me vea en medio de la calle, dirigiendo el tráfico.

—¡Qué cosas tiene usted, señor Hunt! —contestó la muchacha—. Yo sé que no es culpable en absoluto de lo ocurrido.

—Gracias. Oiga, ¿puedo hacerle una sugerencia?

—Sí, desde luego...

—¿Por qué no nos reunimos a almorzar? Así charlaríamos un poco y, además, le devolvería los cien dólares que me dio, cuando creyó que yo... Bueno, siento haberla engañado, pero ya sabe por qué lo hacía... ¿Acepta?

—Sí, desde luego, señor Hunt.

—No, no, llámeme Damon.

—Como quiera —contestó ella—. ¿Dónde nos reunimos?

—Conozco un sitio, en las afueras de la ciudad, donde hay una vista preciosa y el río pasa cerca. Incluso podríamos darnos un baño antes de comer. ¿Le parece bien, Fay?

—Encantada, Damon.

—Entonces, vaya arreglándose; yo pasaré a recogerla. A fin de cuentas, ya que no puedo hacer otra cosa, voy a disfrutar de las vacaciones que me han concedido cuando menos lo esperaba.

—No se preocupe —dijo Fay—. Al final, todo se arreglará y el capitán comprenderá que ha cometido una injusticia. No se desanime, Damon.

—Gracias por la fe que tiene en mí... aunque la engañase.

—Tenía que hacerlo —rió la muchacha—. Bien, voy a prepararme; no quiero hacerle esperar. Hasta ahora.

CAPÍTULO II

Salieron del agua, riendo alegremente. Fay confesó que nunca había visto un sitio tan bonito.

—Sí, es precioso de veras —dijo—. El dueño del restaurante supo elegir bien, cuando lo emplazó en estos parajes. Los fines de semana, desde luego, se pone imposible. Hoy, por fortuna, no hay apenas gente...

Empezaron a secarse. El edificio del restaurante quedaba a unos doscientos metros, oculto entre el frondoso arbolado.

Fay estaba encantadora, con un traje de baño de una sola pieza, aunque sin espalda, de color blanco. Hunt estuvo a punto de preguntarle a qué se dedicaba, pero no le pareció prudente. Al menos, por el momento. Ya se lo diría ella cuando lo creyera conveniente.

Luego, Fay extendió su frondosa cabellera al sol. Había traído consigo un pequeño aparato de radio y lo encendió.

—Ahora dan música de la buena —dijo.

—Ah, es aficionada a la música clásica.

—Me gusta todo lo que es armonía. Pero no se vaya a creer por ello que detesto las composiciones modernas. A fin de cuentas, soy una mujer de mi tiempo.

—Sí, cada cosa a su hora, ¿no? —rió Hunt.

Ella le miró y creyó comprender lo que le sucedía.

—Se siente amargado, Damon —dijo.

—Un poco.

—Creo que su capitán fue injusto.

—Gracias. Reid es muy severo. Y tiene mucho predicamento en las altas esferas. Detuve a Burnett, pero el tipo me engañó... Yo ya estaba advertido contra sus trucos, pero a pesar de todo...

—Procure ser fuerte, Damon. Al final, ya se lo dije, Reid comprenderá que ha cometido una injusticia.

—Sí, pero ahora viene lo peor de todo.

—¿Qué es? —preguntó Fay.

—La silla. Me la dejó un buen amigo que sí es inválido, aunque no de guerra. Es un aparato carísimo, hecho de encargo, y el capitán se ha negado a que la pague el Departamento. Así que tendré que rascarme el bolsillo, Fay.

—Lo siento de veras.

—Bah, todo pasará. Un día recordaremos esto y nos reiremos...

Hunt se interrumpió porque la radio anunciaba un boletín de noticias. El locutor mencionó repentinamente el nombre de Burnett y los dos jóvenes prestaron atención a lo que decía:

—... Y ya se conocen los resultados de la autopsia. Cuando Burnett fue atropellado, ya había muerto. El forense ha encontrado en su espalda el orificio de la herida causada por un punzón muy fino, que le interesó el corazón...

Hunt y Fay se miraron recíprocamente.

—¡No le engañó, Damon! —exclamó ella.

—Por eso se quejó del corazón. Sentía el dolor del pinchazo y... Pero ¿cómo diablos pudieron hacérselo...?

Fay levantó una mano.

—Espere —dijo—. Yo vi algo en aquellos momentos. Un hombre venía apresuradamente hacia nosotros. Yo estaba frente a ustedes dos... El hombre tropezó violentamente con Burnett... Sí, ahora lo recuerdo; tuvo que ser en aquel momento. Burnett se quejó inmediatamente.

—¿De veras vio al hombre? —preguntó Hunt con ansiedad.

—Sí... Me fijé en su cara... Unas facciones muy duras, picadas de viruela... Las cejas muy espesas...

—¡Es Dogg Walters el Bestia! —gritó Hunt excitadamente—. Fay, ¿se atreverá a repetir esa declaración ante mi capitán?

—Pues claro que sí, Damon. Cuando quiera...

—Entonces, iremos ahora mismo... No, espere. —Hunt sonrió—. Lo mismo da que vayamos una hora antes que después y yo la he invitado a venir aquí para almorzar. ¿Cómo va su apetito?

—Me comería una mula viva, con herraduras y todo —contestó ella alegremente.

—Entonces, vamos allá.

Estaban sentados sobre la hierba y se pusieron en pie. En el mismo instante, un individuo surgió de la espesura y se acercó a ellos, apuntándoles con una pistola.

—No se muevan —ordenó.

Fay lanzó un gritito de susto.

—¿Qué significa esto? —preguntó Hunt, con el ceño fruncido.

—No se preocupe. Nos llevamos a la chica, pero la soltaremos hoy mismo.

—Oigan, no tengo dinero, si eso es lo que buscan... —protestó Fay.

El hombre se echó a reír.

—Preciosa, aunque no lo sepas, vales diez millones de dólares —contestó—. Vamos, empieza a vestirme —añadió, a la vez que movía la pistola amenazadoramente.

Hunt apretó los puños y dio un paso hacia delante. Entonces, el sujeto le apuntó con la pistola, apretó el gatillo y le lanzó un chorro de gas a la cara.

Hunt empezó a toser violentamente. Los ojos le lloraron casi en el acto. El desconocido le lanzó un nuevo chorro de gas. Hunt notó cierta debilidad en las piernas.

De nuevo recibió en pleno rostro la andanada de gas.

—Es una mezcla muy buena —dijo el sujeto de la pistola—. Tiene una parte de gas irritante, lo que hace toser y por tanto, impide que la persona que lo recibe, pueda contener la respiración. —Disparó el cuarto chorro de gas—. Y así se consigue el objetivo sin dificultad.

Hunt se desplomó lentamente sobre la hierba. Fay se sentía aterrada.

—No tema —dijo el desconocido—. Dormirá un par de horas, despertará con dolor de cabeza y la boca seca, pero antes de que llegue la noche, ya estará completamente bien. —¿Y yo?— preguntó ella.

—Lo sabrá en seguida. Recoja sus cosas; tenemos que marcharnos.

—Recuerde lo que le he dicho. Tiene que hacer exactamente lo que le he indicado. Si se desvía una sola sílaba, le volaré la cabeza, ¿me ha entendido?

Fay asintió. A pesar de todo, no comprendía aún muy bien lo que su secuestrador quería de ella.

El hombre había dicho que se llamaba Sholto Warren. Luego le había dado ciertas instrucciones para que se las aprendiese de memoria, junto con unos cuantos nombres.

Todo ello figuraba en un papel, que Fay había releído infinidad de veces, Warren estaba a su lado, en el asiento posterior de un lujoso automóvil, conducido por un impassible sujeto, de uniforme, con gorra, que no había despegado los labios en ningún momento.

—¿Y si no quisiera? —le había preguntado en cierta ocasión.

Warren le enseñó otra pistola, ésta más pequeña, pero de aspecto mucho más amenazador.

—Dispara balas auténticas, no chorros de gas —le había contestado Warren ominosamente.

Fay relejó el papel una vez más. Luego preguntó:

—Y bien, ¿qué sacaré yo de todo esto?

—Cincuenta mil dólares.

—Usted bromea...

—Hablo en serio, señorita Rohrman. Cuando esto haya terminado, recibirá esa suma, con la condición de que no cuente jamás a nadie lo que ha ocurrido. Se lo diré claramente: queremos llevar el asunto por la vía de la discreción, sin sangre, sin violencia... Mire, ya ha visto lo que le sucedió a su amigo. Pude haberle matado; nadie me había visto y usted no podría haberlo impedido. Pero me limité a dejarle sin conocimiento.

—Eso también es violencia —alegó Fay.

—Sin derramamiento de sangre, que es lo que queremos. Pero si es necesario, también sabremos eliminar a los indiscretos. ¿Está claro?

—Sí —suspiró la chica—. ¿Puedo preguntarle por qué me eligieron a mí?

—Se lo diré. Porque es la más parecida a la persona... auténtica.

—¿Se refiere a Susan Medford?

—Sí, justamente.

—Eso significa que no saben dónde está...

—Discúlpeme, no quiero seguir hablando más de esta parte del asunto —contestó Warren—. Ah, ya estamos llegando —exclamó de pronto—. Recuerde, a partir de este instante usted es Susan

Medford. ¿Entendido?

Fay asintió en silencio.

—Usted vale diez millones de dólares —agregó el sujeto—. Créame, no vamos a perder ese negocio por una tontería.

—Haré lo que me pide —aseguró Fay.

El coche rodaba ya por un sendero de gravilla, que atravesaba un jardín realmente hermoso. Era ya de noche y, a trechos, se veían artísticos faroles, que parecían contruidos el siglo pasado.

Al cabo de unos momentos, el coche se detuvo ante una enorme mansión. Un estirado mayordomo descendió la escalinata y se apresuró a abrir la portezuela del coche.

—Ah, Evans —dijo Warren—. Aquí está la señorita Susan. Por fin hemos conseguido dar con ella.

Evans hizo una profunda reverencia.

—Cuánto me alegro de conocerla, señorita —manifestó—. El señor se sentirá muy contento de verla. La ha echado tanto de menos...

—¿Está levantado el señor, Evans? —preguntó Warren.

—Sí, señor. El doctor Greenbourne quería que se acostase, pero el señor se negó a ello, cuando conoció la noticia de la llegada de ustedes dos. Tengan la bondad de seguirme, por favor.

Como en un sueño, Fay subió la escalinata y penetró en la casa, que le pareció construida por un genio. Mientras caminaba, precediéndoles, Evans se volvió hacia ellos.

—Ah, el abogado McDouglas está aquí también. El señor le pidió que se quedase, a fin de efectuar la ceremonia en su presencia.

—Magnífico —exclamó Warren—. Todo está saliendo a pedir de boca.

Evans se detuvo ante una puerta de gruesos paneles de roble, tocó con los nudillos, hizo girar el picaporte y luego se echó a un lado.

—Pasen, por favor.

Fay entró lentamente en la habitación. Era enorme, con grandes estanterías llenas de libros lujosamente encuadernados. Pese a que era verano, la chimenea estaba encendida y no lejos del fuego se veía a un anciano, de rostro arrugado y macilento, sentado en una butaca, con las piernas cubiertas por una manta escocesa.

Había tres hombres más. Fay escuchó sus nombres a medida que

se los presentaban: abogado Henry Hastings McDouglas, doctor Greenbourne y el tercero, sin título aparente, Melvin Gallón. Éste era un sujeto de unos treinta y cinco o cuarenta años, alto y bien parecido. Warren no quiso dar más detalles de Gallón y la muchacha se abstuvo de hacer preguntas.

Luego, Fay se acercó al anciano. Los ojos del hombre la contemplaron fijamente durante unos segundos. Ella se sintió incómoda, pero procuró contenerse.

—Sí —dijo al fin el anciano—. Es ella.

—¿La hija de Edward y Mary Medford? —preguntó McDouglas.

—Así se llamaban mis padres —manifestó Fay.

—Es mi nieta, no cabe la menor duda —dijo el anciano—. Henry, mañana firmaremos los documentos... Me siento muy cansado... Han sido demasiadas emociones... Desde que me anunciaron que mi nieta había sido hallada...

—Caballeros —dijo el médico—, el señor Medford ha estado sometido hoy a demasiadas tensiones. Les ruego que sean comprensivos con su estado.

—Lo comprendemos perfectamente —sonrió Gallón.

—Mañana ultimaremos los detalles —declaró el abogado—. Y entonces, el señor Medford firmará los documentos. Señor Warren, ha hecho usted una excelente tarea.

—Gracias, abogado.

Medford meneó la cabeza.

—Susan, eres la viva estampa de tu madre, mi hija, cuando tenía tus años —dijo—. Ahora vivirás conmigo y... y me parecerá que la tengo de nuevo junto a mí.

—Por favor —rogó el galeno—. No hable más esta noche, no se canse, señor Medford. Warren, ¿quiere llamar al mayordomo? Debemos subir al señor Medford a su habitación.

—Sí, señor, al momento.

McDouglas consultó el reloj.

—Yo también me siento un poco cansado —dijo—. Nos veremos mañana a la hora del desayuno. Caballeros, buenas noches.

—Buenas noches —contestó Gallón.

Momentos después, Gallón, Warren y la muchacha se quedaban solos en la biblioteca. Gallón dio una vuelta entera alrededor de Fay y luego se situó frente a ella.

—Lo ha hecho magníficamente, señorita —dijo—. Sholto, ¿cuál es su nombre auténtico?

—Fay Rohrman —contestó la propia muchacha—. ¿Y pueden decirme por qué he de hacer este papel, aparte de por diez millones de dólares de los que, supongo, no voy ver un céntimo?

Gallón se echó a reír.

—Verá cincuenta mil dólares, tal como le habrá prometido el señor Warren —repuso—. Pero, además, existe otro poderoso motivo. Contemple aquel cuadro, por favor.

Fay volvió la cabeza y divisó un cuadro, en el que aparecía una hermosa joven, retratada en tamaño natural, ataviada con traje de fiesta, de una moda pasada ya en un cuarto de siglo.

—Creo que nos parecemos un poco —dijo, al cabo de unos momentos de observación.

—Se parecen bastante, ésa es la verdad —declaró Gallón—. Por eso la hemos traído aquí.

—Aún no me lo han explicado todo —manifestó la muchacha—. Puesto que voy a tener la boca cerrada, ¿por qué no son un poco más explícitos?

Gallón vaciló un instante.

—Bien, hemos de confiar en su discreción, aunque debe recordar que una sola palabra imprudente que pueda escapársele, le costaría la vida.

—Lo sé. Continúe, por favor.

—El señor Medford está en las últimas. Su médico dice que no durará un mes. Puesto que desconocía el paradero de su única heredera, esto es, Susan Medford, su fortuna iba a parar entera a una Fundación perteneciente a la Universidad; ya sabe, becas para estudio, para investigaciones...

—Y apareciendo yo, la universidad se queda sin el dinero.

Gallón sonrió.

—El señor Medford firmará un nuevo testamento. La universidad, por supuesto, recibirá una bonita suma, pero usted será heredera de diez millones de dólares, además de la casa y el parque circundante.

—Comprendo. ¿Algo más?

—Sí, en efecto. A partir de ahora, vivirá en esta casa, como la nieta de Medford, y hasta que se produzca el doloroso, pero

inevitable desenlace. Entonces, el testamento se hará efectivo... y usted hará donación de su fortuna a la Sociedad Benéfica para Inválidos del Trabajo.

—Cuyo presidente es usted.

—Sí —admitió Gallón sin pestañear.

—Supongo que no tengo otra alternativa.

—No, no la tiene.

Fay reflexionó unos instantes. Al fin, hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo —dijo—. Aunque debo hacerles una objeción.

—Hable —indicó Gallón.

—Tengo que permanecer aquí un mes, aproximadamente. ¿No tienen miedo a que alguien nos eche en falta?

—Oh, eso está solucionado. Yo seré su «prometido» y la acompañaré a todas partes, cuando tenga que salir. Pero recuerde; no vivirá si nos estropea el plan —concluyó el sujeto con insólita dureza.

Fay captó la amenaza que latía en la voz de Gallón. Tenía ciertos propósitos, pero no se los iba a comunicar.

Porque estaba segura de que, en el momento en que firmase los documentos de la donación para la Fundación citada por Gallón, firmaría también su sentencia de muerte.

CAPÍTULO III

Oyó un ruido raro y tardó unos momentos en darse cuenta de que alguien golpeaba fuertemente la puerta de su casa. Hunt procuró despabilarse y pasándose una mano por los ojos, cargados de sueño, miró el reloj de sobremesa.

—Diablos, ¿quién, puede ser a las cuatro de la mañana? —rezongó.

Los golpes se repitieron. Una voz que no tenía nada de joven sonó irritada en el exterior:

—¡Maldita sea! ¿Quieres abrir de una vez?

Hunt saltó de la cama, se puso una bata y como hacia la puerta. Al abrir, vio en el umbral a un anciano que casi no podía tenerse en pie. El hombre vestía descuidadamente y su pelo blanco aparecía revuelto.

—¡Tío Norton! —exclamó el joven, atónito.

—Vamos, aparta y déjame entrar, antes de que me vean —gruñó el anciano—. Por cierto, ¿no tendrás algo de comer por ahí? Estoy desfallecido... Pero ¿qué me miras? ¿Acaso soy un fantasma? Todavía soy de carne y hueso... Bueno, más hueso que carne... pero mi cerebro sigue en magníficas condiciones. Anda, dame algo de comer o me caeré redondo.

—Sí, tío Norton —contestó Hunt, que no acababa de comprender por qué el anciano había ido a verle después de tanto tiempo sin dirigirse la palabra y mucho menos a aquella hora tan temprana—. Ven a la cocina y te prepararé algo de caldo...

—¡Al infierno con el caldo! Quiero un par de huevos con tocino, mantequilla, pan, mermelada y café. Ésa es una comida y no lo que has mencionado. Además, el caldo sería de lata, ¿verdad?

—Hombre...

Hunt se pasó una mano por el pelo alborotado, fue a la cocina, abrió el frigorífico y empezó a sacar cosas. Norton Medford se sentó ante la mesa y movió los dedos nerviosamente.

—Esos bastardos —rezongó—. Cayeron sobre mí como cuervos y yo les creí al principio... Pero lo qué querían era matarme de una forma que no pareciese un asesinato y casi estuvieron a punto de conseguirlo. Les he estado dando largas durante meses enteros, con el pretexto de que antes de morir quería ver a mi nieta... ¡Y se han inventado una impostora que se ha hecho pasar por Susan!

Hunt, que trasteaba en la cocina, se volvió sorprendido.

—¿Cómo? ¿Aún no has encontrado a Susan?

—Todavía no, ni sé dónde está. La chica que vino anoche a casa se parecía bastante a ella, pero, claro, no es Susan ni de lejos. Yo les dije que sí, para que me dejaran en paz y así poder llevar a cabo mi plan... ¿Sabes que me envenenaban gradualmente?

—¡Tío Norton! —Respingó el joven.

—Como lo oyes. Hace tiempo que empezaron a darme un vaso de leche por las noches. Tomé unos cuantos y empecé a sentirme mal, con las piernas pesadas, dolores de estómago... El maldito matasanos que me atiende dijo que era cosa de la edad y me daba unas medicinas que debían ser también veneno. Pero yo olfateé el peligro y cada noche tiraba la leche por el sumidero y luego les decía que me la había tomado... A la madrugada, cuando todos dormían, bajaba a la cocina y buscaba algo de comida... Por el día me mataban de hambre y si no, ¿por qué crees que tengo • este aspecto tan horroroso?

—Desde luego, pareces un muerto, tío —convino Hunt.

—Todo esto se habría podido evitar si tú hubieses querido estar a mi lado, como te propuse hace tiempo.

—Las condiciones no rae gustaban.

—Sí, ya lo sé. Terco como tu padre y orgulloso como tu madre...

—Déjalos en paz. Ellos viven muy felices y no quieren que tú les amargues la vida. Estás podrido de dinero, pero saben que en el mundo hay algo más que billetes de banco.

—Y tú también piensas lo mismo, ¿eh?

—Más o menos...

El olor de los huevos y el tocino frito empezó a expandirse por la cocina. Hunt sacó del tostador un par de rebanadas de pan y las

puso en un plato junto con la mantequilla. Medford se arrojó sobre la comida con el ansia de un náufrago.

Momentos, después, le servía los huevos y el café. Hunt se llenó una taza y se sentó frente al anciano.

—Parece que estás en un apuro —dijo.

—Lo admito —contestó Medford—. ¿Quieres que te lo explique todo?

—Te lo agradecería.

Medford habló, interrumpiéndose a veces para llenarse la boca. Hunt se dio cuenta de que el anciano no tendría bastante y sacó del frigorífico un cuarto de pollo frío, que le quedaba de la noche anterior. Media hora más tarde, Medford se recostó en la silla, eructó satisfecho, se palmeó el estómago y miró sonriendo al joven.

—Ya era hora de que pudiera hacer una comida decente —dijo.

—Tu presión...

—Es magnífica. Nunca he tenido presión alta, aunque el matasanos se empeñase en lo contrario. Un día se dejó el chisme en el dormitorio, minutos después de habérmela tomado, y me la tomé yo mismo. Sé hacerlo y así averigüé la verdad.

—O sea, Greenbourne está en connivencia con Gallón y Warren —dijo Hunt, que ya conocía la historia.

—Sí, en efecto.

—¿Qué me dices de tu mayordomo?

—¿Evans? Es un zoquete. Muy servicial, pero no ve más allá de las narices. No entra en el asunto.

—¿Alguien de la servidumbre es cómplice de ese trío?

—Contrataron a un chófer. Tim Pullow. Supongo que forma parte de la banda. Eso es todo lo que puedo decirte, sobrino.

Hunt se acarició la barbilla.

—Sospecho que quieres que investigue, tío —dijo.

—Me gustaría que lo hicieras, por supuesto. Aunque quizá tus obligaciones...

—Tengo unos cuantos días libres. El capitán Reid me dio dos semanas de vacaciones, por no suspenderme.

—Reid es un buen amigo mío. Le hablaré...

—¡Te lo prohíbo terminantemente! —exclamó Hunt—. Éste es un asunto particular mío y no quiero que metas tu maldita nariz ganchuda para nada. ¿Lo has entendido?

—Está bien, está bien, yo sólo trataba de ayudarte, lo mismo que tú vas a hacer conmigo... Es decir, si no te vuelves atrás.

—No me vuelvo atrás. Haré lo que pueda, pero a mi modo. Y tú te quedarás aquí, sin salir de casa para nada, hasta que yo te lo permita. Esos tipos se darán cuenta muy pronto de tu desesperación y empezarán a buscarte. No quiero que cometas ninguna imprudencia.

—De acuerdo. Necesitarás dinero, supongo.

Hunt pensó en la silla de ruedas que tenía que abonar y movió la cabeza afirmativamente.

—He traído el talonario de cheques —dijo Medford—. Te daré cinco mil para empezar. Si necesitas más, pídemelo lo que sea, sobrino. Y, a propósito, ¿no tienes por ahí un traguito de *whisky*? De centeno, es el que más me gusta.

Hunt soltó una risita.

—Genio y figura... Siempre serás el mismo, tío Norton.

Momentos después, volvía con la botella y el vaso, que dejó encima de la mesa.

—Sé moderado —aconsejó—. Piensa en tu edad...

—Estaba fuerte como un roble y tenía el estómago de hierro, hasta que ese maldito doctor Greenbourne empezó con su tratamiento, después de un vulgar catarro que atrapé a principios de año. No soy tan viejo, sólo diez años más que tu madre...

—Mamá se acerca ya a los sesenta.

—Es una mujer estupenda. Temo que no la he tratado como debía —se lamentó el anciano.

—Nunca trataste como debías a nadie de la familia —acusó Hunt.

Medford guardó silencio unos momentos. Luego, de pronto, soltó una estruendosa carcajada.

—¡Cómo me gustaría ver la cara que pondrán cuando se den cuenta de que el pájaro ha volado de la jaula! —exclamó.

—Sí, sería divertido —convino el joven—. Por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Oh, salí de la casa a la carretera y a poco pude parar un camión...

—Entiendo. Tío, ¿qué me dices de la impostora? Me refiero a la mujer que ha tomado el puesto de Susan.

—No la conozco en absoluto. Ni siquiera sé su nombre verdadero —contestó Medford solemnemente.

Fay bajó al comedor a las ocho y media de la mañana, después de haber pasado una noche bastante inquieta, casi sin pegar ojo. La mayor parte del tiempo se lo había pasado pensando en lo que tendría que hacer allí durante un mes.

De momento, no corría peligro. La necesitaban, para que siguiera desempeñando su papel ante el anciano moribundo. Después...

Diez millones de dólares eran mucho dinero para que no sintiesen la necesidad de tapar una boca comprometedora. Por lo poco que había podido escuchar, no pensaban darle un céntimo más de lo prometido. Si hubiesen hablado de una suma mucho mayor, habría cabido la esperanza de que pensaban acallarla con dinero, pero no era así.

Tenía tiempo, se dijo. Desempeñaría también el papel de «prometida» de Gallón, pero en la casa había un teléfono y, tarde o temprano, se pondría en contacto con Hunt. Esperaba que el joven se hubiese repuesto de los efectos del narcótico.

Evans apareció en aquel momento. Fay hizo un ademán.

—¿Señorita? —dijo el mayordomo.

—Evans, ¿cuánto tiempo hace que el señor..., mi abuelo... está enfermo? —preguntó ella.

—Oh, unos cinco o seis meses, señorita.

—Tiene un aspecto horrible. ¿Sabe usted qué le sucede?

—No muy bien, pero, si lo desea, puede preguntarle al doctor Greenbourne...

—Lo que me extraña es que el doctor no le haga internar en un hospital, en donde podría tener mejores atenciones y, además, estar bajo el cuidado de especialistas.

—Lo ignoro, señorita. Yo sólo sé que...

—Ya, ya —dijo la muchacha—. Usted es un sirviente y no tiene por qué entrometerse en cosas que no son de su incumbencia. ¿No ha venido nunca otro médico, aparte del doctor Greenbourne?

—Pues no, señorita. Antes le atendía el doctor Howard, quien ya llevaba muchísimos años cuidando de la salud del señor. El doctor Howard encontraba magníficamente al señor, salvo algunos achaques sin importancia, propios de la edad. Él le habría llevado

inmediatamente a un buen hospital, estimo.

—¿Por qué despidió mi abuelo al doctor Howard? —quiso saber Fay.

—No le despidió. El doctor Howard murió atropellado por un automóvil. Y, al poco tiempo, vino el doctor Greenbourne...

—¡Hola, buenos días! —Sonó de pronto la voz de Warren—. ¿Cómo se encuentra, Susan?

—Bien, gracias —contestó la muchacha—. Evans, ¿quiere servirme el desayuno?

—Para mí también —dijo Warren, a la vez que levantaba el índice.

—Bien, señor.

Gallón apareció minutos después, seguido del doctor Greenbourne. Fay miró con recelo al último. La enfermedad del anciano había empezado a poco de venir Greenbourne a la casa. Empezaba a sospechar que si Medford tenía que morir, no sería precisamente por una dolencia incurable.

«A menos que se llame dolencia incurable a un envenenamiento gradual», pensó.

El abogado llegó también. Evans, ayudado por una doncella, sirvió el desayuno, durante el cual se desarrolló una conversación sin trascendencia. De repente, McDouglas hizo una pregunta a la muchacha:

—Señorita Susan, ¿sería impertinente por mi parte preguntarle qué ha estado haciendo usted durante todos estos años?

Fay miró fijamente al abogado. McDouglas, pensó, estaba siendo engañado. Creía de veras que era la nieta de Medford.

Le parecía que era un hombre honrado. De lo contrario, se habría negado a componendas nada honestas, incluso habría procurado verla a solas para interrogarla adecuadamente.

McDouglas tosió.

—Ejem, ejem... Perdón si mi pregunta ha resultado inconveniente...

—Nada de eso, abogado —contestó Fay dulcemente—. Durante todos estos años he estado comerciando con mi cuerpo.

Los ojos de McDouglas expresaron un vivo horror. Echado hacia atrás en su asiento, contempló a Fay como si fuese una apestada.

Al médico se le cayó la cucharilla de la mano. Gallón frunció el

ceño. El único que pareció divertirse un poco fue Warren, quien tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no lanzar una estruendosa carcajada.

—Usted era..., era... —tartamudeó McDouglas.

—Sí, una cortesana, para decirlo con la palabra más suave que se puede encontrar —contestó Fay sin inmutarse.

Warren decidió cortar aquella situación tan tirante.

—Creo que deberíamos proceder a la firma de los documentos —dijo—. Evans, por favor, ¿quiere encargarse de traer al señor Medford?

El mayordomo se inclinó.

—Sí, señor.

Evans se encaminó al primer piso. Un minuto después, volvía galopando desenfrenadamente, perdida la compostura que en él era habitual.

—¡El señor Medford no está en su dormitorio! ¡Ha desaparecido!
—anunció dramáticamente.

CAPÍTULO IV

Harry Dewes llegó junto a la cabina telefónica, miró a derecha e izquierda, vio que no había nadie y sacó un cigarrillo que se puso en la boca. Con la mano derecha, tanteó la puerta, dejándola entreabierta. Esperaba una llamada telefónica y quería oír los timbrazos que no tardarían mucho en producirse.

Sacó un fósforo y lo encendió con un seco golpe de la uña. Era una habilidad de la cual se sentía muy orgulloso. Lo hacía siempre, aunque estuviese solo. Ahora, probablemente, pensó, tendría un encendedor de oro puro. Lo haría adornar con sus iniciales en brillantes.

Ellos pagarían, claro que pagarían. O destaparía el juego que se traían entre manos...

Una voz sonó de pronto a sus espaldas:

—¿Harry?

Dewes empezó a volverse. El otro dijo:

—Quieto, estúpido. ¿Quieres que nos vean?

—Ah... ¿Qué quieres, Dogg?

—Tengo que darte un recadito, Harry.

—¿Traes la «pasta»? Porque si no es así puedes largarte con viento fresco...

—Sí, traigo el dinero.

Dewes contuvo un grito de júbilo. No le llamaban por teléfono, como había indicado, pero daba igual. Habían cedido y esto era lo importante.

—¿Cien mil?

—Sí. Ya están en la cabina, en un paquete, sujeto por esparadrapo debajo de la repisa. Anda, entra.

Dewes dejó caer el cigarrillo y lo aplastó displicentemente con el

tacón. Luego abrió la puerta y entró en la cabina telefónica.

Walters entró detrás de él. Su mano derecha se movió relampagueantemente.

Dewes se estremeció.

—Dogg, ¿qué diablos haces?

—Matarte —contestó el otro cínicamente.

Y, por si había fallado, repitió el golpe.

—Oh... —gimió Dewes, sintiendo que las piernas empezaban a perder su fuerza.

Walter abandonó la cabina y se alejó con paso natural. Dewes hizo un esfuerzo desesperado para alcanzar el teléfono y pedir auxilio, pero sus rodillas se doblaron de golpe y cayó hecho un ovillo en el suelo de la cabina.

Una mujer entró cinco minutos más tarde, vio al muerto y empezó a chillar frenéticamente.

A Fay no le gustaba demasiado fumar, pero creyó que debía encender un cigarrillo y, apoyada en el gran piano de cola del salón, adoptó una postura entre, displicente y cínica.

Greenbourne, Warren y Gallón corrían atropelladamente de un lado para otro. Entraban, salían, subían, bajaban y, al cruzarse, se preguntaban a voz en cuello por el moribundo dueño de la casa, sin que en ningún momento obtuvieran una respuesta favorable.

Fay se sentía sumamente divertida con aquella situación. La servidumbre también correteaba de un lado para otro. Las puertas se abrían y cerraban continuamente. Le pareció que estaba presenciando una película cómica, de los buenos tiempos del cine mudo.

Warren y el médico salieron por dos puertas distintas, al mismo tiempo, y chocaron aparatosamente. El médico, menos corpulento, pese a su prominente barriga, quedó sentado en el suelo. Warren blasfemó entre dientes.

Gallón se asomó una vez más al salón. Tranquilamente, Fay levantó la tapa del piano.

—Señor Medford... —llamó, con pronunciación musical. Se volvió y miró al sujeto, con una chispa de júbilo en sus bellos ojos —. No está aquí —añadió.

Gallón apretó las mandíbulas.

—No me gustan las bromas —dijo.

—Eso es porque tiene poco sentido del humor —contestó ella.

—El horno no está para bollos. ¿Ha visto algo?

—No, pero el señor Medford, en lugar de llamarme Norton, debería llamarse Lázaro.

—¿Qué importancia tiene eso...? —barbotó Warren malhumoradamente.

—Hombre, estaba con un pie en la tumba, se ha levantado, ha salido y ha volado de la casa. Sinceramente, si yo hubiera estado en su lugar, también habría hecho lo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo habría hecho?

—No soy tonta, aunque pueda parecerlo, y Medford es aún más listo que yo. Sencillamente, se dio cuenta de que yo no era la nieta auténtica. Entonces debió percatarse de que todo era un engaño y decidió poner tierra de por medio.

—¿Lo cree así?

—Estoy segura de ello. Claro que puedo equivocarme, pero... la intuición femenina de algo tiene que servir, ¿no?

Gallón pareció meditar un instante aquellas palabras. Luego, de pronto, dio media vuelta y abandonó la sala.

Warren llegó segundos más tarde. Sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Nada, ¿eh? —dijo Fay con acento de burla.

Los ojos de Warren brillaron coléricamente.

—Si supiera que le has ayudado a escapar...

—En tal caso, me habría largado con él. No me tomes por retrasada mental, Sholto. Estoy aquí porque no se me ocurrió que el viejo podría fugarse, eso es todo.

—Vas a perder cincuenta mil dólares si no aparece.

—¿Seguro que me los daréis cuando acabe todo, si el plan se desarrolla según vuestros deseos?

—Claro que te daremos ese dinero...

—Lo dudo mucho. Nadie sabe que me habéis secuestrado. El jardín es enorme. Hay sitio de sobra para una tumba que nadie puede encontrar jamás. Y así, cerraréis una boca que un día pueda comprometeros.

—¡Fay, no somos asesinos! —protestó Warren.

—Diez millones pueden borrar muchos escrúpulos, Sholto. Soy realista, ¿sabes?

Warren calló unos instantes. Luego, de pronto, exclamó:

—Fay, ¿cómo diablos pudiste decirle al abogado que eras prostituta?

Ella abrió mucho los ojos, como si la pregunta le resultara sorprendente.

—Porque lo soy —contestó—. No es que me sienta especialmente orgullosa, pero, vamos, tampoco soy una mojugata. Me gano la vida así, ¿qué le voy a hacer?

—¿De veras? ¿Y cuánto cobras por... comerciar con tus encantos?

—Soy una golfa cara —dijo ella con todo desparpajo—. Tarifa mínima, cinco mil. Diez mil el fin de semana completo. O la cantidad de días equivalente.

Warren arqueó las cejas.

—¿Y aquel tipo podía pagarte...?

—Oh, ya lo creo que podía pagarme —contestó Fay, agarrando la ocasión por los pelos—. Es un hombre muy sencillo, pero, comparado con él, «mi» abuelo resulta un mendigo.

Warren emitió un bufido.

—No te creo —declaró.

Fay se encogió de hombros.

—No puedo obligarte a que me creas.

En medio de todo aquel jaleo, había captado una nota consoladora: aquellos granujas no sabían que Hunt era policía. Y si podía ponerse en contacto con él...

McDouglas apareció en aquel momento.

—Me marchó —anunció—. Puesto que el señor Medford no está, será preciso aplazar la ceremonia de la firma de documentos. Tengan la bondad de avisarme cuando le hayan encontrado.

—Descuide —respondió Warren.

—Aprecio mucho mi pellejo —contestó ella.

También pensaba en McDouglas.

«Cualquiera sabe cómo reaccionarán estos tipos si se ven en peligro», pensó.

Greenbourne entró, secándose la frente con un aparatoso pañuelo de horribles colores.

—No sé qué va a ser de nosotros... Si todo esto se descubre... —dijo, con acento lleno de pánico.

—Cálmese, doctor, no sucederá nada —aseguró Warren.

—Medford se ha marchado. Ha tenido que darse cuenta de que le estábamos engañando...

—¡Doctor, cierre el pico! —rugió Warren.

Gallón se presentó en aquel momento.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El matasanos —contestó Warren malhumoradamente—. Tiene miedo.

—Vamos, vamos, «doc» —dijo Gallón con acento persuasivo—. ¿El viejo tuvo que largarse de madrugada? Si hubiese avisado a la policía, nos habrían pillado a todos en la cama. No ha sido así, lo cual significa que no hay nada que temer por el momento. Además, yo presiento lo que le ha podido suceder.

—¿De veras?

—Estaba en muy malas condiciones físicas. Seguramente, le ha dado un colapso en plena calle. Le habrán llevado a algún hospital y allí lo tendremos a nuestra disposición.

Warren pareció considerar la idea.

—Puede que sea así —dijo.

—Empezaré a llamar a los hospitales...

—No —cortó Warren, con un brusco ademán—. Mejor será que lo haga Slim Patterson. Llámale, cuéntale lo que pasa y dile que indague lo más aprisa que pueda.

—Está bien.

—Dile que se dé prisa.

—No te preocupes.

Warren se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Muy pronto saldremos de dudas —dijo.

Ella le miró fijamente. Gallón aparentaba dirigir las operaciones, pero el verdadero cerebro de la banda era Warren. Gallón, aunque no tonto precisamente, era más bien el hombre guapo y apuesto, la fachada tras la cual, podían esconderse los demás.

—Así lo espero —contestó la muchacha.

Warren se le acercó lentamente y, con el índice, le dio unos cuantos golpecitos en el pecho, entre los senos.

—Muñeca, ahora ya estás metida hasta el cuello en este asunto. Síguenos y ganarás «pasta» en abundancia. Si nos traicionas, acabarás en el cementerio.

—Creí haberte oído que no os gustan los asesinatos.

—Sólo matamos lo justo —contestó Warren cínicamente.

Divisó una aglomeración de gente y frenó con lentitud para evitar atropellar a alguna de las personas que rebosaban de la acera en torno a una cabina telefónica. Vio también un par de coches policiales y uniformes azules. El instinto profesional le hizo detenerse y abrir la portezuela para saltar fuera del vehículo, pero alguien se lo impidió con un gesto de su mano.

—No te molestes, Damon —dijo la mujer.

Hunt volvió la cabeza un poco y alzó los ojos. Era bastante alta, morena, de figura arrogante y ojos maliciosos. Pese a su juventud, Hunt sabía que Honey Deckham tenía montado un magnífico negocio, que le proporcionaba sustanciosos dividendos.

Honey era la directora de una agencia de investigaciones. Hunt sospechaba que tras el rótulo aparentemente lícito, se ocultaban negocios que no tenían nada de honestos. Estaba casi seguro de que Honey se dedicaba a proporcionar amable compañía a gentes con mucho dinero. Nunca, sin Embargo, había podido probar nada en contra de aquella hermosa joven.

—Abre por el otro lado —pidió ella—. Vas en mi dirección y quiero que me dejes en un sitio.

—¿A quién persigues, Honey? —preguntó Hunt, cuando la joven se hubo acomodado a su lado.

—A nadie. Sólo voy a comprarme algo de ropa interior. ¿Quieres acompañarme?

—¿Podré ver cómo te la pruebas?

—¿Por qué no? Te haces pasar por mi esposo...

—Mejor a solas. En tu casa, por ejemplo.

—¿Ahora?

—A la noche.

—No está mal pensado. Ven a partir de las siete y media y te enseñaré mis compras.

—Me harás un «pase» de modelos de ropa interior, espero.

—Y algo más también —rió ella—. ¿Sabes? El Bestia ha vuelto a hacer una de las suyas —dijo bruscamente.

Hunt emitió un reniego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Yo no he querido decir nada para no verme metida en líos.

Conozco al difunto. Era Harry Dewes, aunque no sé por qué lo ha liquidado.

—El nombre de Dewes me suena, pero no recuerdo ahora de qué. ¿Cómo sabes que ha sido El Bestia?

—Elemental, querido Damon —rió la joven—. Alguien lo vio hecho un ovillo en el fondo de la cabina y creyó que le había dado un ataque al corazón. Pero en seguida empezó a echar un poco de sangre por la boca. Resumiendo, vinieron los policías, llamaron al forense y éste encontró en la espalda del muerto dos agujeritos idénticos al que tenía Burnett. Esta vez, por lo visto, el Bestia necesitó dos pinchazos para acabar con su víctima.

Hunt guardó silencio unos momentos. Honey habló de nuevo:

—¿No se te ocurre alguna hipótesis? —preguntó.

—Ninguna, salvo que son dos asesinatos incomprensibles —respondió el joven.

—No hay crimen que no se pueda entender cuando se conocen los motivos —dijo Honey sentenciosamente.

—Es muy cierto, pero ¿quién nos aclarará esos motivos?

—Ah, eso es cosa tuya. Para eso eres policía.

Hunt estuvo a punto de contestarle que estaba suspendido, aunque la sanción se hubiese ocultado piadosamente bajo el eufemismo de dos semanas de vacaciones, pero se dijo que Honey no tenía por qué conocer determinadas circunstancias personales. Era algo que no le importaba en absoluto.

—Hablaré con el capitán Reid —dijo, sin comprometerse a nada.

Al cabo de unos minutos, Honey hizo un gesto.

—Para aquí —solicitó.

Hunt detuvo el coche. Ella se apeó y le dirigió una cálida sonrisa.

—Ven esta noche a ver mi ropa interior —dijo.

—Iré sin falta —repuso él.

Honey se alejó, taconeando vivamente, y desapareció en el interior de una tienda de lujo.

—El negocio debe de marcharle estupendamente —murmuró Hunt, a la vez que pisaba de nuevo el acelerador.

CAPÍTULO V

El taxi se detuvo ante la casa y, tras abonar la carrera a su conductor, el pasajero se apeó, apoyándose en un bastón de ébano, con empuñadura de oro. Era bastante viejo y ello se reflejaba principalmente en su abundante cabellera blanca, el frondoso mostacho y la barbita en punta, que le daban el aspecto de un viejo militar retirado de la Confederación. Incluso llevaba un gran sombrero blanco, y blanco era también su traje, a excepción de la corbata de lazo negra. Pese a su edad, parecía estar lleno de vitalidad y buen humor.

Evans salió a recibirle.

—Señor...

—Soy el coronel Edgar Peacock Wilmington —se presentó el anciano—. Un viejo amigo del dueño de esta hermosa casa... ¿Dónde diablos está la rata sarnosa que se hace llamar Norton Medford? Quiero estrecharle entre mis brazos y tomarnos unas copas juntos, recordando los buenos tiempos en que no tensamos más que unos periódicos para cubrir nuestras vergüenzas.

Evans parecía estupefacto ante aquel chorro de palabras, que fluía incontinentemente de la boca del visitante.

—Coronel, señor... —dijo, aturdido.

—Aparte de ahí, buen hombre. Déjeme pasar a saludar al mejor de mis amigos. Si no fuese porque nacimos de distintas madres, diría que es mi hermano.

Wilmington entró en la casa. Su voz retumbó por el interior atronadoramente:

—¡Norton Medford, viejo coyote, hijo de una mula piojosa y un caballo tiñoso! ¿Dónde estás, miserable comedor de tarántulas? ¡Baja inmediatamente aquí, que yo te vea, especie de bebedor de

orines de vaca!

Aquel vozarrón llegó a todas partes. Warren y Fay salieron corriendo del salón. Gallón y el médico aparecieron por otra puerta. Todos se quedaron estupefactos al ver a tan insólito visitante.

—Mayordomo —gritó Wilmington—, ¿quiénes son esta dama y estos caballeros? ¿Acaso los hijos de mi buen amigo Medford?

—No, señor...

Evans parecía anonadado y no sabía qué hacer ni decir. Warren, sin embargo, fue el primero en rehacerse y avanzó hacia el recién llegado.

—Perdón, señor...

El anciano le miró orgullosamente.

—Coronel, hijo, coronel Wilmington —contestó—. ¿Su nombre, por favor?

—Sholto Warren, coronel. Le presento a la señorita Susan Medford, nieta del dueño de la casa. El señor Gallón, el doctor Greenbourne...

Fay hizo una ligera inclinación de cabeza. Se preguntó por qué aquel estrambótico viejo se quedaba con la boca abierta un instante.

—Encantada, coronel —sonrió.

Los otros, no menos desconcertados que Evans, murmuraron unas frases de salutación. Wilmington se volvió hacia el mayordomo.

—Y bien, ¿dónde está el señor de la casa? ¿Qué le sucede que no acude a verme inmediatamente? ¿Acaso está muerto, borracho o drogado?

—No, nada de eso, coronel —se apresuró a responder Warren—. El señor Medford se encuentra un tanto indispuerto...

—Ah, los años no perdonan —exclamó Wilmington, ligeramente echado hacia adelante, apoyado en el bastón con una mano y la otra en el costado izquierdo—. Los buenos tiempos se fueron para no volver más. Hace treinta años, Norton y yo no teníamos para comer, pero éramos felices. Hasta que encontramos el primer pozo petrolífero lo pasamos muy mal. Un día llegamos a pensar incluso en el canibalismo. Teníamos un ayudante, un indio pima, y debió figurarse lo que le esperaba, porque puso los pies en polvorosa, ya que no quería servir de ensalada, primer plato, plato fuerte y postre... Qué tiempos, muchachos, qué tiempos... Pero ¿qué

demonios hacen ustedes aquí? ¿Son empleados de Medford?

Warren carraspeó.

—Perdone un momento, coronel... Voy a hablar con el doctor Greenbourne... Quiero consultarle si el señor Medford se encuentra en condiciones de recibir visitas... ¿Doctor?

Greenbourne se apartó unos pasos, siguiendo a Warren. Gallón titubeó visiblemente.

—Y usted, hijo, ¿qué hace aquí? —preguntó Wilmington.

—Soy el prometido de Susan, coronel —respondió Gallón.

—Ah, es una muchacha preciosa. Le felicito, muchacho.

—Gracias, señor. Con su permiso, coronel...

Gallón se apartó también. El anciano se acercó entonces a Fay.

—Modérate, chica —bisbiseó—. He venido a sacarte de aquí.

Fay respingó. Miró al parlanchín visitante y creyó comprender. Pero en aquel instante vio algo que le llenó de horror.

—El bigote, Damon —dijo.

Warren miró hacia allí en aquel instante, y vio que el enorme mostacho blanco del coronel estaba a punto de caerse.

—¡Es un impostor! —aulló.

Fay se aterroró.

—¡Dios mío! ¿Qué va a pasar aquí?

Gallón sacó una pistola.

—Coronel, quien quiera que sea, no vamos a permitir que...

Hunt, bajo la apariencia de viejo coronel retirado, lanzó un estridente alarido.

—¡A la car... ga!

Greenbourne huyó, lleno de pánico. Gallón quiso disparar, pero se dio cuenta de que tenía puesto el seguro. Hunt le alcanzó y le asestó un terrible bastonazo en la mano derecha.

Se oyó un terrible alarido. Gallón empezó a dar vueltas, agarrándose la muñeca herida con la otra mano. Warren intentó lanzarse contra el joven, pero éste, sin volverse, hizo girar el bastón horizontalmente y alcanzó al sujeto en pleno rostro.

Warren se desplomó aullando. Hunt le miró furiosamente.

—Por la sesión de narcótico —dijo.

Luego se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Será mejor que nos larguemos de aquí, Fay —dijo.

—Medford no está en la casa —declaró ella.

—Ya lo sé. ¡Vamos!

Agarró su mano y echó a correr, casi arrastrándola. En aquel instante se abrió la puerta y un hombre apareció en el umbral, con un revólver en la mano.

—¡Quietos! —ordenó.

Hunt se paró en seco. Pullow, el chofer, sonrió.

—No sé quién eres, amiguito, pero me parece que no vas a salir tan fácilmente de esta casa —añadió.

El joven no dijo nada. Su pulgar derecho tanteó la empuñadura del bastón. Cuando notó un leve chasquido, echó el brazo hacia atrás.

El bastón partió inesperadamente, como un venablo. En la contera había surgido una afilada hoja de metal, de unos diez centímetros de largo por dos de ancho. El acero se clavó en el hombro derecho de Pullow, quien lanzó un desgarrador alarido.

Hunt se arrojó sobre él, le arrebató el revólver de un manotazo y luego, recobrando el bastón, empezó a molerle las costillas. Pullow huyó chillando como una rata.

—¡Larguémonos, Fay! —gritó Hunt.

Aunque todavía no había salido de su asombro, la muchacha no se hizo de rogar y demostró que era tan rápida como Hunt. Antes de que los sorprendidos bandidos de guante blanco pudieran recobrarse, ellos se habían ya perdido de vista y corrían desalados en busca de la seguridad.

Hunt dijo que deberían ir primeramente a su casa, lo cual aceptó Fay sin protestas. Cuando entraron, presenciaron un singular espectáculo.

Medford estaba sentado en un butacón, con los pies encima de la mesa baja. En otra más pequeña, tenía una botella y un vaso al alcance de su mano. Sujeto con los dientes tenía un cigarro de un palmo de largo, que saboreaba con expresión beatífica.

—¡Atiza, el moribundo! —exclamó Fay.

—Hola, nieta —dijo Medford maliciosamente—. ¿Qué tal, Damon?

—Te estás fumando mis mejores cigarros —rezongó el joven.

—Tenía que desquitarme. Han sido demasiados meses de privaciones —contestó el anciano—. Damon, ¿quién es en verdad esta chica tan preciosa?

—Se llama Fay Rohrman, es todo lo que sé, abuelo.

Ella abrió la boca. Le parecía increíble lo que acababa de escuchar.

—Anda, llévatela de aquí y haz que la encierren —dijo Medford—. Forma parte de la banda que...

—Te equivocas, tío. A ella la secuestraron ayer, para que se hiciera pasar por tu auténtica nieta. Lo sé muy bien, porque estábamos juntos en el campo y me durmieron con una pistola de gas.

—¿Hablas en serio, Damon? —exclamó el anciano.

—Absolutamente —respondió Hunt.

Medford quitó los pies de la mesa y se enderezó ligeramente.

—La verdad es que se parece bastante —admitió—. Pero no lo suficiente para que yo pueda tragarme el cuento. Hija, ¿por qué no me dijiste nada anoche?

—Primero, estaba amenazada de muerte —explicó Fay—. Segundo, yo también creí que usted iba a morir antes de un mes. Tercero, confiaba en disponer algún día de tiempo suficiente para llamar a su sobrino... Oiga, ¿es cierto que Damon es sobrino suyo?

—Hijo de mi hermana menor y, además, un golfo y un canalla, que nunca ha querido quedarse a mi lado, para ayudarme, prefiriendo meterse en líos como policía, por un sueldo de hambre.

—Primero, el sueldo es suficiente —dijo Hunt, remedando un tanto a la muchacha—. Segundo, tú no querías un colaborador, sino un esclavo. Tercero, yo no tenía ganas de vivir como un robot. «Damon, haz esto; Damon, haz lo otro; ve aquí, trae eso, anda allí, sal, corre, sube, baja, vuelve...». No, tío, ésta no es mi forma de pensar acerca de una colaboración, aunque sea con el hermano de mi madre.

—Señor Medford, ¿es cierto que tiene usted tanto dinero? —preguntó Fay.

—Sí, muchacha. Soy bastante rico, lo suficiente para haber tentado a una pandilla de bastardos, que quisieron enviarme al otro mundo, con la colaboración de un médico que olvidó el juramento hipocrático.

—Al otro médico le atropelló un automóvil —dijo ella pensativamente.

—A veces he llegado a pensar que fue un asesinato —contestó

Medford—. Damon, muchacho, ¿no has averiguado nada sobre el atropello del doctor?

—No era un asunto de mi departamento —respondió el interpelado.

—Pues procura averiguarlo. Ahora, después de lo sucedido, pienso que fue una muerte oportuna.

—Lo intentaré, aunque me gustaría saber quién te recomendó al doctor Greenbourne.

—Bueno, la verdad es que fui un poco crédulo. Una semana después de la muerte de Howard, se me presentó Greenbourne... y así empezó la cosa. Damon, sobrino, si esta chica está aquí, ¿debo deducir que la has rescatado?

—Así es, tío. Fui a tu casa, armé un considerable alboroto y la saqué de allí, después de haber repartido unos cuantos garrotazos.

—Necesitaría ir a mi casa —dijo Fay—. Tengo que mudarme de ropa, entre otras cosas.

—Te acompañaré y luego, si me lo permites, acepta un consejo.

—Dime, por favor.

—Múdate de alojamiento. Esos tipos pueden buscarte y no me gustaría que te sucediera nada.

—De acuerdo, pero podrías haberlo evitado si los hubieras arrestado. Me pregunto de qué te sirve tu placa de policía...

—Ahora, de nada —bufó el joven—. Estoy de vacaciones forzosas, recuérdalo.

—Hablaré con el capitán Reid —intervino Medford—. Ah, sobrino, antes de que te vayas quiero decirte una cosa a solas.

Hunt se acercó al sillón. Medford bajó la voz.

—A pesar de que es una chica preciosa, no te fíes. Investígala —indicó.

Hunt asintió.

—Es una buena idea —admitió.

CAPÍTULO VI

Cuando Hunt leyó el informe que había obtenido mediante la oportuna consulta a la computadora, creyó que estaba soñando.

—No puede ser —murmuró.

En aquel informe se decía que Fay Rohrman había sido sentenciada a una condena de tres a siete años de prisión por robo mayor, estafa, chantaje y amenazas de muerte. Por su buena conducta, había sido puesta en libertad al cumplir los cuatro años de prisión. En aquellos momentos, se encontraba en libertad bajo palabra, debiendo presentarse quincenalmente al oficial encargado de dicho servicio.

—¿Quién lo hubiera dicho? Parece tan ingenua...

Pero su oficio le había enseñado a no fiarse de las apariencias. Sin embargo, en el caso de Fay se sentía desazonado, completamente defraudado. Recordaba la dulce expresión de su rostro cuando le vio en una silla de ruedas y creyó que era un inválido de guerra y ello le hizo ponerse aún de peor humor.

Al fin reaccionó y fue a otro departamento de la policía. Momentos después, estaba hablando con un colega, el sargento Beckworth.

—¿Howard? —dijo el sargento, después de escuchar a Hunt—. Sí, lo recuerdo perfectamente. Espera, consultaré un momento el expediente.

Beckworth fue a un archivador, hurgó unos momentos y regresó al fin con una carpeta en las manos.

—El conductor huyó —dijo momentos más tarde—. Al día siguiente, se encontró el coche abandonado. Luego se supo que era robado.

—Pero no hay pruebas de que fuese un atropello intencionado

—manifestó el joven.

—No estamos seguros de que lo fuese. Alguien vio al conductor media hora más tarde, cuando se apeaba del coche, seguramente en el momento de abandonarlo, y le pareció que estaba borracho, porque se tambaleaba mucho.

—Quizá lo hizo para desempeñar el papel de borracho, porque sabía que le habían visto. ¿Hay alguna descripción de ese sujeto?

Beckworth volvió a mirar otra vez el expediente.

—Aquí está... Unos veinticinco años, pelo negro, muy rizado, ojos saltones, cazadora negra de cuero...

—No sigas. Es Jamie Allen el Besugo.

Beckworth cerró la carpeta.

—Perderás el tiempo si piensas hablarle. Ya lo hicimos nosotros. Tiene una coartada inatacable.

Hunt se encaminó hacia la puerta.

—Estoy de vacaciones —se despidió jovialmente.

Luego hizo otra consulta a la computadora. No encontró datos de Warren, Gallón ni de PULLOW, pero sí del doctor Greenbourne, procesado años antes por atender heridos de bala sin informar a la policía y por otras cosas aún peores. Había sido expulsado del colegio de médicos y se le había prohibido el ejercicio legal de su profesión.

—Menudo pájaro —masculló para sí.

Con todos aquellos datos, había adquirido la seguridad de que el doctor Howard había sido asesinado. Debía probarlo, porque así podría conseguir que aquellos desaprensivos que habían intentado despojar a su tío de toda su fortuna acabasen en la cárcel.

Estaba inclinado sobre la mesa de billar, tomando puntería, cuando alguien, de pronto, le golpeó el codo. La bola salió disparada hacia un punto distinto del deseado. Jamie Allen vomitó una blasfemia.

—Habla un poco mejor —dijo Hunt—. No me gustan las palabrotas.

Allen se volvió.

—Ah, es usted..., ¿qué diablos quiere de mí?

—Vamos a tener un ratito de conversación los dos. A solas.

Displicentemente, Allen empezó a dar tiza a la punta del taco.

—¿Está seguro? —se burló.

Hunt estudió un momento el rostro del hampón. Los ojos saltones, en efecto, le habían originado el apodo de el Besugo con que era conocido en su ambiente. Sus labios eran gruesos, morcilludos, en un rostro huesudo. Hunt sintió el deseo de partírselos de un revés, pero logró contenerse.

—Mataste al doctor Howard —dijo lentamente—. Robaste un coche y luego buscaste un buen sitio, para esperar a que pasara. Cuando abandonaste el vehículo, te fingiste borracho.

—Tengo una coartada, muchacho —contestó Allen—. Si no me cree, busque en los archivos de la policía. Ya vinieron sus compañeros a interrogarme y se fueron con un palmo de narices.

—Las mías no crecerán tanto, Jamie —dijo Hunt sin alterarse—. Sé que tuviste que pagar a los que aseguraron tu coartada, pero conozco sus nombres y yo podría pagarles más. ¿Qué te parecería la faena?

—¿Usted? ¿Un simple detective? Vamos, hombre, cuénteme otro chiste más gracioso.

—Besugo, el doctor Howard era médico personal de un tipo muy rico. Puesto que lo atropellaste, debes saberlo. Ese hombre podrido de dinero tenía a Howard en mucha estima y me ha abierto su cuenta corriente en todo lo que yo necesite, para enviar al asesino a presidio. Si no me crees, llama por teléfono a quien sea y pregunta por Norton Medford. Vale, al menos, entre doce y quince millones de dólares.

Allen tragó saliva. Hunt se dio cuenta de que su estratagema había surtido efecto.

—Pero tal vez podría sentirme inclinado a la benevolencia si me dijeras quién te pagó por atropellar a Howard —añadió, dándose cuenta de que debía seguir machacando el hierro, ahora que estaba caliente—. Tú me lo dices y yo cerraré los ojos, dejando que la cosa siga como un accidente. ¿Qué le parece el trato?

Allen cerró los ojos un instante. Hunt calló, para darle tiempo a que reflexionase. Pero las cosas no ocurrieron como esperaba.

De súbito, Allen cargó contra él con el hombro y le derribó de un tremendo empujón. Hunt cayó de espaldas, maldiciendo a voz en cuello por haberse dejado sorprender. Allen corría ya como un desesperado hacia la puerta del salón de billares.

Hunt se puso en pie de un salto y salió en persecución del

hampón. Sin embargo, Allen le había sacado ya una notable ventaja.

Allen alcanzó la puerta. Un hombre se le cruzó inesperadamente.

El sujeto resistió la acometida de Allen. Éste se detuvo en seco.

Hunt vio el rostro del hombre y lanzó un juramento.

—¡Walters!

En aquel instante, Allen cayó hacia atrás y empezó a rodar por las escaleras que conducían al interior del local. Hunt se dijo que el punzón de Dogg Walters había ejecutado de nuevo su mortífera tarea.

Pero ahora le tenía al alcance de su mano. Saltando por encima del cuerpo de Allen, que se retorció convulsivamente, salió a la calle y corrió detrás del asesino.

—¡Walters, párate! —gritó.

El Bestia no le hizo el menor caso. Hunt aceleró al máximo el ritmo de sus zancadas. Walters alcanzó su coche y se dispuso a entrar.

Desesperado, Hunt se dijo que el forajido conseguiría escapar. En aquel momento, vio un cubo de basura junto al borde de la acera.

Sin pensárselo dos veces, agarró el cubo, lo levantó sobre su cabeza y luego lo arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas, justo en el instante en que Walters abría la portezuela. El asesino lanzó una horrible imprecación y cayó de espaldas.

Hunt corrió hacia él. De pronto, vio que Walters, aún caído en el suelo, sacaba un revólver de cañón corto.

El joven apenas si tuvo tiempo de lanzarse al hueco situado entre dos coches estacionados junto a aquel sector de la acera. Tras el estampido del disparo, la bala pegó en algún lugar metálico y se alejó con estridente chirrido.

La gente gritó, chilló y empezó a apartarse a toda prisa. Walters se puso en pie, disparó otro tiro y se dispuso a entrar en su coche.

En aquel instante, se oyó el ruido de los frenos de un automóvil de patrulla que llegaba a toda velocidad. El conductor se dio cuenta de la maniobra de Walters y le bloqueó la salida.

Walters, furioso, hizo fuego un par de veces, originando dos estrellas en el parabrisas del automóvil de patrulla. Luego abandonó el suyo y trató de huir a la carrera.

Los policías se apearon, pistola en mano, y le conminaron a detenerse. Walters se volvió y disparó una vez más.

Dos revólveres detonaron al mismo tiempo. Walters dio unos traspiés, giró sobre sí mismo, se movió lateralmente un poco y acabó derrumbándose sobre el motor de un coche. Luego resbaló lentamente al suelo y se quedó quieto.

Hunt abandonó su refugio.

—Han llegado a tiempo, muchachos —dijo.

Uno de los guardias le conocía.

—¿Por qué no le contestó con su pistola, Damon?

—No la llevo encima. Y ahora que recuerdo... Ese hijo de perra ha causado otra víctima.

Hunt giró sobre sus pasos y corrió al salón de billares. Había algunos curiosos formando corro y los apartó a viva fuerza. El dueño del local le miró afligidamente.

—Allen ha muerto —dijo.

Hunt se puso de rodillas y examinó el diminuto orificio que se veía en el pecho de Allen, bajo la tetilla izquierda. El hombre que había matado a Allen no volvería a usar más su mortífero punzón.

Y, bien mirado, ¿no había sido Allen también un asesino?

Pero se había llevado al otro mundo el secreto de la persona que le había pagado por asesinar al doctor Howard. Aunque si se paraba a pensar un poco, quizá alguno de los miembros del cuarteto que habían intentado asesinar a Medford podría darle detalles sobre el asunto.

Entró en la casa y percibió olor a carne asada. Medford le vio y gritó jubilosamente:

—¡Pasa, pasa, sobrino: la cena estará dentro de un cuarto de hora! ¿Sabes?, esa chica tan preciosa es una joya. No sólo sabe guisar maravillosamente, sino que tiene aptitudes para convertirse en la secretaria ideal. Estoy pensando en llevármela a mi casa, cuando se hayan pasado todos estos jaleos, y darle ese puesto que, estoy seguro, desempeñará con eficiencia inigualable. ¿Qué te parece, muchacho?

Hunt miró a su tío un momento y luego dirigió la vista hacia la botella de *whisky*. El anciano se dio cuenta de su gesto hosco.

—No he bebido ni un tercio —dijo, a la defensiva.

—A tu edad, es tanto como dos botellas a la mía —contestó el

joven.

—Oh, vete al diablo... ¿Es que no voy a poder disfrutar de los placeres mínimos de la vida? Un trago de vez en cuando, un par de cigarros al día... Es lo único que me queda ya a mi edad, Damon.

—Aparte de tu mal genio, naturalmente. Pero no temas; por mí, puedes beber hasta que la sangre se te convierta en alcohol. ¿Dónde está la chica?

—En la cocina, claro. Tú le dijiste que se mudara de alojamiento y ella se vino a tu casa, porque no sabía adónde ir...

Hunt dejó a su tío con la palabra en la boca y fue a la cocina. Fay volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa encantadora.

—Hola, Damon —dijo—. Llegas a punto. La cena estará antes de un cuarto de hora. ¿Quieres preparar, mientras tanto, los cocktails?

Hunt seguía con su gesto hosco.

—Fay, ¿es cierto que mi tío te ha propuesto que vayas a su casa, como su secretaria confidencial?

—Sí, y creo que aceptaré. Las condiciones son estupendas...

—¿Le has dicho que te condenaron de tres a siete años por robo, estafa, chantaje y amenazas de muerte?

Hubo un momento de silencio. Luego, muy despacio, Fay empezó a quitarse el delantal.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

—Nada. Me marcho —respondió Fay heladamente.

La voz del anciano sonó en el umbral:

—¡Damon! No sé qué le has dicho a esta muchacha, pero si ella se va de esta casa, yo me iré con ella. ¿Lo has oído?

Hunt soltó un grueso taco.

—Está bien, que se quede —cedió de mala gana—. Pero ella es...

—Sobrino, ¿qué tienes en el pecho, un corazón o un trozo de cuarzo? ¿Es que no crees que una persona que haya tropezado pueda regenerarse y volver de nuevo a la decencia?

—Ah, de modo que lo sabes...

—Me lo dijo Fay, cuando le propuse que fuese mi secretaria. Dijo que no quería ocultarme nada y a mí me pareció estupendo. Si me hubiese enterado después, la habría echado a patadas de mi casa. Ahora... —Medford apuntó a su sobrino con el cigarro—, atrévete a echarla y habrás conseguido que me olvide de ti y

considere que mi hermana Mary no ha tenido un hijo llamado Damon. ¿Lo has entendido?

Hunt se encogió de hombros.

—El jaleo será para ti —respondió, en el momento en que sonaba el teléfono—. Dispensen.

Escapó, aprovechando la ocasión, para escabullirse y evitar con una discusión que sabía acabaría mal para él.

La voz de mujer era suave, melosa.

—Damon, te estoy aguardando —dijo Honey Deckham.

—Lo siento, encanto; tendremos que posponer la cena para mañana. Hoy he tenido un día infernal. Si has leído los periódicos o escuchado las noticias de la radio, comprenderás por qué tengo que lamentar no acudir a tu invitación.

—Oh, lo siento de veras... Bueno, no te preocupes, encanto. ¿Mañana?

—Haré todo lo posible —prometió el joven.

Medford salió de la cocina poco después, con el vaso en una mano y el cigarro en la otra.

—Hay pierna de ternera en su jugo y me voy a comer una doble ración —dijo, evidentemente satisfecho—. Damon, hijo, ¿piensas buscar a Susan?

—¿Todavía sigues pensando en tu nieta?

El anciano asintió tristemente.

—Sólo tuve un hijo varón y él y su mujer murieron prematuramente. Quise educar a Susan, pero se ve que no supe hacerlo y la muchacha escapó de mi lado... Me gustaría verla y pedirle perdón antes de morir...

Hunt dirigió una severa mirada a las dos manos de su tío.

—Pues como no te comportes con mayor mesura, no podrás conseguir lo que tanto deseas —dijo hirientemente.

Medford apretó las mandíbulas. Fue a decir algo, pero la intervención de Fay solucionó la tensión de aquel momento:

—¡Caballeros, a la mesa! ¡La cena está ya lista! —anunció.

CAPÍTULO VII

Gallón pegó un puñetazo en la mesa. Los vasos tintinearón sonoramente.

—Es preciso reconocer que las cosas no han salido como esperábamos —dijo, furioso.

Warren, displicente, encendió un cigarrillo.

—Yo hice mi parte, tal como acordamos. No me considero culpable del fracaso.

—A mí, que me registren —exclamó Pallow.

Sentíase malhumorado. Tenía el brazo derecho metido en un pañuelo. La herida, pese a la cura que le había hecho el doctor Greenbourne, le dolía a rabiar.

—Cuando esté sano, buscaré a aquel maldito coronel sudista y le devolveré el «regalito» —añadió rabiosamente.

—Lo mejor que puedes hacer es curarte —aconsejó Gallón—. De momento, eres un miembro inútil del trío...

—Del cuarteto —puntualizó Pallow—. Te olvidas del matasanos.

—Greenbourne está fuera de cuestión, ¿no te parece, Sholto?

Warren asintió.

—Es muy... tímido —dijo.

—Y los tímidos, a veces, hablan más de la cuenta.

Pallow miró a sus dos compinches.

—Eh, ¿es que estáis pensando en liquidar al «doc»?

—Si conviene, se hará —dijo Warren ceñudamente.

—Hasta ahora, se ha portado bien...

—Sí, pero el plan se fue al diablo y aquel maldito policía lo echó todo a perder. ¿Sabíais que es sobrino de Medford?

Gallón frunció el ceño.

—¿Quién te lo ha dicho, Sholto?

—¿No eres capaz de imaginártelo?

—Oh, comprendo... Pero ¿quién diablos iba a imaginarse? También podría haberlo dicho...

—Hemos hablado hoy. Se enteró demasiado tarde, aunque dejó que las cosas siguieran normalmente, confiando en acabar antes de que el policía metiera sus narices en el asunto.

—No dio resultado —suspiró Pullow—. Mira que fue casualidad ir a secuestrar a la amiga del polizonte... En resumen, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Tú, terminar de curarte. Nosotros esperamos.

—¿Qué, Sholto?

—Ordenes, Tim.

Pullow hizo una mueca de repugnancia.

—No me gusta que me tiren de la nariz constantemente —se lamentó.

—Vete a decírselo, verás lo que te contesta. Y si no quieres obedecer, ¿qué otra cosa puedes hacer?

Pullow emitió unos gruñidos a media voz. Gallón se encaró con el otro.

—¿Le hablarás hoy?

—Más tarde. Ahora convendría que vigilásemos un poco al matasanos. En los últimos tiempos, me dio la sensación de que quería echarse para atrás. No me gustaría que nos hiciese una mala pasada.

—Está bien. Yo iré el primero. Te llamaré por la noche, para que me releves.

—De acuerdo.

Pullow sostenía un periódico con la mano sana. De pronto, lanzó una exclamación:

—Eh, ¿habéis leído esto? El maldito policía tuvo la culpa de que Walters fuese acribillado a balazos...

Gallón se puso en pie.

—Es la primera vez que debo agradecerle algo a un policía. Walters era un maldito hijo de perra, un sádico que disfrutaba metiendo su punzón en el cuerpo de alguien. A veces, lo hacía por puro capricho, sin que nadie se lo pidiese. Si os he de ser sincero, creo que incluso yo me siento mucho más tranquilo sabiendo que ese tipo está en el infierno.

—Sí, pero su ausencia podría crearnos problemas —alegó Warren.

—En todo caso, no a nosotros —contestó Gallón intencionadamente.

Hizo una corta pausa y añadió:

—¿Le hablarás hoy, Sholto?

—Lo intentaré.

—Estamos en mala situación. Necesitaría que nos diese un buen «trabajito». Porque, desde luego, ya nos podemos despedir de los diez millones de Norton Medford —concluyó Gallón con acento más bien melancólico.

Cuando se disponía a salir, a la mañana siguiente, después de un sustancioso desayuno, Hunt hizo una pregunta a su tío:

—¿Cuáles fueron las últimas noticias que tuviste de Susan?

—Pocas, y ninguna buena. Le envié un mensaje, rogándole que volviese, pero ella me envió al diablo.

Medford añadió unas cuantas frases más. Hunt arrugó el entrecejo, profundamente preocupado por la actitud de la muchacha que era hija de una prima suya. Apenas si había conocido a Susan Medford y, por si fuese poco, hacía muchos años que no la veía. Dudaba mucho de reconocerla si llegaba a encontrarse por casualidad con ella.

Pero había un procedimiento que quizá podía dar buenos resultados para encontrar a Susan. Media hora más tarde, conversaba con el encargado de la computadora policial.

El oficial introdujo todos los datos que le daba Hunt en la máquina. La respuesta llegó rápidamente.

Hunt leyó las breves líneas escritas en la cartulina.

—No dice mucho —murmuró, defraudado.

—Sólo cometió un delito de poca monta —declaró el otro policía—. Pero si quieres aceptar un consejo, yo iría a ver a una persona que quizá pueda facilitarte los datos que faltan en la computadora.

—¿Sí? ¿Quién es?

El oficial mencionó un nombre. Las cejas de Hunt se levantaron en el acto.

—Hombre, pues no está mal pensado... —Palmeó los hombros de su compañero—. Gracias, buen chico —se despidió.

Cuando salía se tropezó con un tipo más bajo que él, corpulento,

de rostro cuadrado y mirada poco amistosa.

—Hunt, ¿qué demonios hace aquí? —preguntó el capitán Reid.

—No esperaba el autobús, precisamente, señor —contestó el joven con toda desenvoltura.

—Ciertos chistes me dan ganas de vomitar. Lárguese inmediatamente. Le di dos semanas de vacaciones y eso quiere decir que no deseo verle por aquí para nada. *

—Y, si pudiera, procuraría no verme en todos los días de mi vida, ¿verdad?

Los dientes de Reid crujieron.

—Otra palabra más y ordenaré que le formen un expediente —dijo.

—Adelante —repuso Hunt sin amilanarse—. Haga que me empapelen los de Asuntos Internos. Yo tengo muy poco que perder, capitán. Y, como me harán preguntas, hablaré hasta por los codos. A los de Asuntos Internos les gustará saber por qué no se investigó a fondo la coartada del tipo que atropelló al doctor Howard. Sí, el mismo que murió ayer cuando Walters le clavó su punzón.

Reid pareció quedarse sin habla. Hunt le dirigió una afectuosa sonrisa, pasó por su lado y abandonó el departamento.

A pesar de todo, no se sentía satisfecho. Sabía que Reid era más tenaz que inteligente. No sospechaba en modo alguno de su capitán. La tenacidad de Reid era más bien lo que le había llevado al puesto que ostentaba en la actualidad. Era un hombre honrado, aunque de cortas luces.

Quizá ello le haría espabilarse un poco más ahora, pensó, mientras salía a la calle.

Durante el resto del día, y no obstante el consejo del encargado de la computadora, recorrió algunos lugares donde presumía podía conseguir informes de Susan Medford. Fue una labor inútil y, cansado, la abandonó a las seis y media de la tarde.

Una hora después, cargado con un enorme ramo de flores, llamaba a la puerta de la casa donde vivía Honey Beckham.

Honey tenía preparados ya los cocktails. Con una copa en la mano cada uno de los dos, se sentaron en un diván. A Honey se le abrió la bata hasta la cadera, pero no pareció darle importancia al incidente.

—Estás preciosa —dijo él, después de tomar un sorbo de la

bebida—. ¿No tienes ahora ningún pretendiente?

Honey hizo un gesto negativo.

—A decir verdad, los tengo a cientos. Lo que pasa es que no me gusta dedicarme a uno solo —respondió.

—Te gusta la variación, vamos.

—No es eso, Damon. La experiencia me ha demostrado que, por regla general, el hombre suele ser absorbente, posesivo, exclusivista... No me gusta que me encadenen, eso es todo.

—O sea, si un tipo te gusta, lo tomas, disfrutas con él y luego, si te he visto no me acuerdo.

—Oh, sí, siempre me acuerdo —rió ella—. Pero no le consiento que vuelva.

—Pobre de mí. Y yo que me había hecho tantas ilusiones...

—Todavía no he hecho nada que las disipe, Damon.

Hunt dejó su copa a un lado.

—Entonces, ¿puedo seguir... con las ilusiones?

—¿Por qué no?

—Eres realmente hermosa —dijo él ardientemente—. Y, en cierto modo, me gusta tu espíritu de independencia.

—Gracias, Damon.

—Pero tú también serías muy absorbente y posesiva. Tengo esa impresión y no creo equivocarme demasiado.

—Damon, ¿has venido aquí para criticar mis defectos?

—No te enfades, mujer; era sólo un comentario... Hablemos de otra cosa, si te parece. Por ejemplo, ¿qué tal marcha el negocio?

—Bien, no puedo quejarme.

—Oye, quizá tú sepas algo... Estoy buscando a una chica, es algo pariente mío... Bueno, hija de mi primo ya fallecido... Se llama Susan Medford. ¿La conoces?

Hunt tenía los ojos fijos en Honey y captó en su opulento cuerpo un ligero estremecimiento. Ella continuó sonriendo, pero no había humor en sus ojos.

—No, no la conozco —respondió.

«Me mientes», pensó él.

Pero sonrió y se inclinó hacia la mujer.

—Olvidemos eso —propuso—. ¿Qué plazo tengo?

—¿Para qué, Damon?

Hunt se lo dijo al oído. Ella volvió la cara y le besó larga y

sensualmente. Al cabo casi de un minuto, contestó:

—Todo lo que quieras... hasta el desayuno.

En medio de la noche, Hunt abrió los ojos y escuchó atentamente durante unos segundos.

El silencio era absoluto. Sólo se oía el leve rumor de la sosegada respiración de Honey.

Lentamente, se sentó en la cama y esperó. Honey continuó durmiendo.

Sacó una pierna de la cama, luego la otra. Desnudo y descalzo se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

Sus ropas estaban encima de una silla. Las había dejado adecuadamente preparadas y no le costó nada sacar una linterna, que más bien parecía un lápiz, y una delgada lámina de acero, muy estrecha, con la que se sentía capaz de abrir cualquier puerta.

Moviéndose como un fantasma, atravesó la sala y llegó al despacho privado de Honey. Había allí un gran archivador de metal. Hunt había estado un par de veces en aquel lugar y siempre había pensado que le habría gustado pagar algo bueno por conocer los secretos que se escondían en aquel armario metálico.

Ahora los conocería, se dijo, mientras enfocaba hacia el archivador la luz de la linterna, un rayo no más ancho que su meñique. El mueble disponía de una batería de cajones, etiquetados alfabéticamente, por grupos de letras.

Se preguntó si Susan Medford estaría registrada allí con su verdadero nombre. Era casi seguro. Aunque no se lo había dicho ella, sabía que Honey hacía figurar en su fichero tanto el nombre auténtico como los posibles seudónimos. Y, en aquel armario, encontraría la dirección de Susan y otros detalles, incluido, lógicamente, el de un posible cambio de nombre.

Acercándose al cajón rotulado con la letra «M», empezó a manipular con la lámina de acero en la cerradura. Ésta pareció resistirse durante unos segundos, pero luego cedió con leve chasquido.

Hunt exhaló un suspiro de satisfacción. Agarró el asa, tiró hacia sí del cajón y, en el mismo instante, empezó a sonar la alarma.

CAPÍTULO VIII

La alarma no era demasiado estridente: una serie de suaves campanillazos, como golpes de mazo sobre un gong, pero suficiente, sin embargo, para que cualquiera pudiera oír los sonidos, desde el rincón más alejado de la casa. Al mismo tiempo, se encendían y apagaban algunas de las luces.

Hunt se sintió aterrado. Era fácil figurarse la reacción de Honey. Pero, de súbito, se le ocurrió una idea, en el breve espacio de unos pocos segundos.

Corrió hacia la ventana y la abrió velozmente. Luego pegó un manotazo a un sillón y lo tiró al suelo. Una gran lámpara de pie cayó con tremendo estrépito. Agarró un pesado pisapapeles y lo tiró contra la pared, produciendo un sordo estruendo: Mientras, lanzaba gruñidos e imprecaciones y maldecía al imaginario contrincante contra el que estaba peleando.

De pronto, lanzó un aullido y cayó de rodillas al suelo, con las manos en el vientre. Honey irrumpía en aquel instante, con un revólver en la mano.

—¡No se mueva o disparo! —gritó.

Hunt estaba arrodillado, con la cabeza hacia adelante. Separó una mano y la agitó varias veces. Ella, atónita, encendió la luz.

—¡Damon! ¿Qué diablos haces ahí? —exclamó, irritada.

Hunt fingió que le costaba mucho incorporarse y se señaló el estómago, a la vez que abría y cerraba la boca. Jadeaba, como si le faltase la respiración.

—Oh, cielos... —dijo ella.

Corrió hacia la ventana y miró a todos lados. Luego regresó junto al joven y se arrodilló a su lado.

—Haz un esfuerzo, Damon —aconsejó—. Vamos a la cocina y te

prepararé algo de café. Arriba, hombre...

Hunt consiguió ponerse en pie. Todavía curvado hacia adelante, simuló dificultad al hablar:

—Ese tipo... creí que me sacaría... el codo por la espalda...

—¿Un ladrón?

—Sí... Yo... me levanté al baño y... cuando volvía a la cama, me pareció oír un ruido... No quise despertarte, por si se trataba de una falsa alarma..., pero había un hombre en tu despacho. Casi lo tenía dominado... cuando me largó un traidor codazo... Escapó... Me parece que no pudo llevarse nada, Honey.

Ella lanzó una mirada hacia el archivador abierto y lo cerró de un manotazo.

—Ese tipo se llevó un buen chasco —dijo—. Tengo mis documentos muy bien protegidos. No es el primero que intenta llevarse alguno, Damon.

—Hombre, si llego a saberlo me hubiese ahorrado unos cuantos golpes —se lamentó el joven—. Siento que se hayan producido algunos destrozos...

—No te preocupes —sonrió ella—. Yo te agradezco muy sinceramente que hayas tratado de ayudarme. Anda, vamos a la cocina; una taza de café te pondrá como nuevo.

Hunt asintió, mientras se daba masajes en la región supuestamente afectada por un inexistente codazo. Había fracasado en su empeño, pero, al menos, había conseguido engañar a Honey y, libre de toda sospecha sobre el particular, podría intentar otro día penetrar en los secretos de aquel archivador.

Regresó a casa hacia las diez de la mañana. Fay le acogió con un sarcástico comentario:

—No sabía que fueses partidario del trabajo nocturno —dijo.

—Uno no elige siempre las horas en que tiene que hacer alguna tarea —se defendió él—. ¿Dónde está mi tío?

—Aquí, muchacho —dijo el anciano—. Hace poco que me he levantado... ¿Sabes? Empiezo a sentirme mejor que nunca... Lo único que lamento es mi próximo cumpleaños; ya serán setenta y soy lo suficiente sensato como para no hacer el ridículo. De lo contrario, esta encantadora muchacha se convertiría en la segunda señora Medford.

—Vaya, parece que le has caído bien, Fay —dijo Hunt.

—No puedo quejarme —respondió ella.

Hunt se percató entonces de que Fay no había sonreído una sola vez y que su expresión era más bien tensa, casi hostil.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

Fay se fue hacia una consola y agarró una cartulina que había encima, con la cual empezó a abanicarse con aire displicente.

—Susan Medford, que emplea el apellido Shafter corrientemente, porque es el de su madre... Actualmente, reside en el ochocientos de la calle Barneford. Bajo dicho nombre de Susan Shafter, trabaja como camarera en un local de fama más bien discutible, llamado La Estrella y la Rosa. Si quieres más detalles, están aquí, en esta cartulina...

Hunt tenía la boca abierta.

—¿De dónde has sacado eso? —barbotó.

Inesperadamente, Fay se echó a reír.

—Había que verte esta madrugada, en traje de Adán, luchando solo contigo mismo y lanzando maldiciones... Hiciste muy bien tu papel y aquella prójima se tragó el cuento. Era verdaderamente risible veros a los dos; parecía como si fuerais a, hacer un número de «porno» en vivo.

—¡Fay! —gritó el joven, que empezaba a comprender la verdad.

—Sí, estaba allí y, cuando os marchasteis, entré por la ventana y registré aquel cajón. La alarma estaba desconectada y pude hacerlo sin el menor riesgo.

—Eso significa que me habías seguido.

—Lo admito. Pero nunca me imaginé...

—Fay —terció Medford—, no le hagas ningún reproche. Damon es soltero y ella, a lo que parece, una mujer muy atractiva.

—Una zorra —dijo Fay rencorosamente.

—Mira quién habla —se burló Hunt—. Tú no puedes tirar no ya la primera piedra, sino ni siquiera la número diez mil cuatrocientos quince. Y yo no podía conseguir esos datos si no era engatusando a la señora Deckham.

—¿Quién engatusó a quién, Damon?

—¡Basta ya! —cortó Medford coléricamente—. Os estáis peleando por una tontería, cuando lo único que interesa en estos momentos es encontrar a mi nieta. —Apuntó al joven con el índice—. Damon, ahora mismo irás a buscarla y te la traerás aquí, aunque

sea atada de pies y manos, ¿estamos?

—Sí, tío.

—En cuanto a ti, muchacha, si sigues así, y puesto que yo no tengo fuerzas suficientes, pediré a Damon que te sujete por los brazos, para darte una buena zurra en tu lindo trasero.

—¡Señor Medford! —exclamó Fay, colorada como una guinda.

—Ya está dicho todo —cortó el anciano—. ¡Vamos, a trabajar!

Fay agarró su bolso y taconeó hacia la puerta.

—No sé si a Damon le quedarán fuerzas, después de la orgía de la noche pasada —comentó ácidamente.

—Eh, ¿quién te ha pedido que vengas? —protestó Hunt.

—La lógica más sencilla. ¿Quién mejor que una mujer, para tratar con otra mujer? Es probable que Susan continúe negándose a volver con su abuelo y yo procuraré que escuche mis argumentos. ¿No le parece así mejor, señor Medford?

—Es una idea excelente —aprobó el anciano.

Había un conserje en la casa donde vivía Susan y alargó una mano al ver a la pareja que se adentraba en el vestíbulo.

—¿Adonde van ustedes? —preguntó.

—Buscamos a la señorita Susan Shafter —respondió Hunt.

—Soy su hermana —mintió Fay con todo descaro.

—Lo siento, la señorita Susan no está —dijo el conserje.

—¿Se ha marchado?

—Como todos los días. Ha tenido que abrir el bar en que trabaja.

—Vaya, ha resultado madrugadora...

—Le toca el turno de abrir el local cada dos semanas. Luego lo cambia con otra empleada y acude a partir de las seis de la tarde.

—Ah... —Fay se volvió hacia su acompañante—. ¿Vamos allá?

—Claro.

—Si lo desean, puedo indicarles dónde está ese bar —dijo el conserje, con la esperanza de recibir una propina.

Pero Hunt y Fay salían ya a la calle. El conserje emitió un bufido de rabia.

—Asquerosos tacaños...

Hunt llegó a su coche y abrió la portezuela para que entrase la muchacha. Ella se acomodó en el asiento y esperó a que el joven diese la vuelta para sentarse a su lado. Pero de pronto reparó en

que Hunt se había quedado quieto, con la vista fija en un determinado punto.

Fay miró en la misma dirección. A diez o doce pasos de distancia, un hombre cruzaba la acera.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Es el doctor Greenbourne!

—Sí, el mismo —confirmó Hunt—. Y creo que voy a cambiar con él unas cuantas palabritas...

Un coche se acercó repentinamente al médico y uno de sus ocupantes llamó su atención. Greenbourne se acercó al automóvil.

En el mismo instante, una mano, armada con una pistola, asomó por la ventanilla. Greenbourne, aterrado, vio el arma y dio media vuelta intentando escapar.

El maletín que portaba cayó al suelo. Fay chilló al ver que Greenbourne corría, pero más por el impacto de las balas que por el impulso de sus propias piernas. Ciego por completo, el médico se estrelló contra la pared de la casa y acabó por caer al suelo, mientras el coche en que viajaba el asesino arrancaba con agudo chillido de neumáticos.

Hunt dio la vuelta al coche.

—¡Vamos a perseguirlo! —gritó.

Se sentó tras el volante y lanzó una interjección. Fay había quitado la llave de contacto.

—¿Por qué diablos haces eso? —preguntó.

—A Greenbourne ya no se le puede ayudar —respondió la muchacha.

—Pero su asesino...

—Tienes que hacer algo más importante. ¿O lo has olvidado ya?

Hunt apretó los labios. El coche del asesino se había perdido en la próxima calle transversal.

—No faltará quien haya tomado el número de la matrícula —añadió la muchacha. Puso la llave en su sintió y agitó una mano—. Vamos a buscar a Susan.

—Está bien. Pero me habría gustado...

—Lo sé. Sin embargo, encontrar a la nieta de Medford es lo más importante.

La gente se había agolpado en torno al cadáver de Greenbourne. Fay abrió su bolso, sacó una polvera, con espejo, y empezó a retocarse el maquillaje.

—Vamos, ¿a qué esperas, Damon?

Hunt lanzó un gruñido. Hizo girar la llave de contacto y pisó el acelerador.

La Estrella y la Rosa era un local muy corriente, aunque de mejor aspecto que el que Hunt había supuesto. Cuando entraron en él, sólo había dos clientes ante la barra, charlando apaciblemente de sus cosas.

Un tipo mal encarado estaba tras el mostrador, fregándolo casi con rabia. Hunt se acercó a la barra, acompañado por la muchacha.

—Hola —dijo él—. ¿Está Susan Shafter?

El hombre les miró atravesadamente.

—¿Qué quieren de esa golfa? —preguntó.

Hunt procuró ser paciente e ignoró el calificativo.

—Deseamos hablar con ella —manifestó.

—No está.

Fay respingó.

—Es su horario de trabajo —alegó.

—Ya lo sé —contestó el hombre—. ¿Y qué? No está, eso es todo, y a ustedes no les importa en absoluto dónde ha podido meterse esa zorra.

—Poco a poco —dijo Hunt, que empezaba ya a cansarse de las intemperancias del sujeto—. ¿Es usted el dueño?

—Sí, y me llamo Frank Steyr. ¿Pasa algo?

—Amigo Frank, nosotros hemos venido aquí educadamente, llenos de cortesía, preguntando por una muchacha con la cual tenemos interés en conversar. Pero si tiene ganas de gresca, dígalo claramente y armaremos una buena. ¿No te parece, Fay?

—Sí, Damon —contestó la chica—. A decir verdad, estoy deseando un poco de acción. —Miró a su alrededor—. Las mesas y las sillas parecen baratitas; se romperán fácilmente. Como en las peleas de cine.

Steyr se humedeció los labios, repentinamente acobardado.

—Bueno, amigos, yo no quise ofenderles... La verdad es que estoy que me subo por las paredes. Imagínense que he venido hace un cuarto de hora escaso y me he encontrado el bar vacío. Esa muchacha se había largado y no fue capaz siquiera de aguardarme, sabiendo que todos los días llego a la misma hora.

—Tampoco nosotros íbamos a armar jaleo —sonrió Hunt—. La

verdad es que nos interesa muchísimo hablar con Susan. ¿Es cierto que se ha marchado?

Steyr se inclinó y sacó un papel que tenía bajo el mostrador.

—Me lo encontré al llegar aquí —dijo.

Hunt cogió el papel. Fay se pegó a él para leer su contenido.

El mensaje decía:

«Apreciado señor Steyr: Lamento mucho darle este disgusto, pero no puedo quedarme. Mi tía Annie ha sufrido un ataque al corazón y debo atenderla. Ya le telefonearé para avisarle cuándo vuelvo, si es que me admite de nuevo.

»Saludos afectuosos,

»Susan M. Shafter».

—¡Vaya! —resopló Fay—. ¿Qué te parece, Damon?

El joven tardó algunos segundos en contestar. Luego meneó la cabeza.

—Debemos marcharnos —dijo—. Señor Steyr, muchas gracias por todo.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de billetes de cinco dólares y los dejó sobre el mostrador.

—Por las molestias —añadió.

—No hay de qué, hombre —contestó Steyr—. Siento que 110 hayan encontrado a esa chica... La verdad es que ahora me entero de que se apellidaba Shafter.

—Sí, es su apellido —contestó Hunt.

—La gente, a veces, no tiene muchos deseos de dar su nombre completo —añadió Fay.

En aquel instante, uno de los sujetos que bebían en el otro extremo del mostrador se acercó a la pareja.

—¿Puedo saber por qué buscan a Susan Shafter? —preguntó.

Hunt estudió unos instantes el rostro del individuo y decidió que no le gustaba nada.

—Eso no le importa, amigo —dijo.

—Me importa más de lo que se imagina —declaró el otro.

Y sin previo aviso, disparó el puño derecho contra la mandíbula del joven.

CAPÍTULO IX

Alcanzado de lleno, Hunt voló por los aires y cayó sobre una mesa, que se deshizo en astillas.

Fay meneó la cabeza.

—Sí, son muebles baratos —murmuró.

El hombre que había golpeado a Hunt se acercó a la muchacha y la agarró por un brazo, sacudiéndola violentamente.

—Tu amigo no ha querido contestarme, pero tú sí lo vas a hacer —exclamó.

Ella le miró fríamente.

—¿De veras lo cree así, so bocazas?

—O me contestas o te rompo el brazo...

La frase se convirtió en un terrible aullido. Fay había golpeado la rodilla del sujeto con la puntera de su zapato. El hombre empezó a saltar a la pata coja, lanzando alaridos que hacían retemblar las paredes.

Hunt, algo aturdido todavía, empezó a levantarse. El otro sujeto se acercó a la muchacha.

—Tú no le has querido decir a Sam Bams por qué buscabas a esa prójima, pero a mí sí me lo dirás —aseguró, con la sonrisa en los labios.

Levantó la mano derecha y la movió con todas sus fuerzas en dirección a la mejilla de la muchacha. Fay se agachó con rapidez. Hunt se acercaba en aquel instante y recibió la bofetada de lleno. Dio dos vueltas sobre sí mismo, cayó sobre una silla, la rompió y rodó por el suelo.

Fay alargó la mano derecha y metió dos dedos en los ojos del hampón, que empezó a chillar de inmediato. Pero Barn se había recobrado y cargó contra la joven.

Fay le aguardó a pie firme. Cuando el sujeto estaba ya rozándola, se apartó a un lado, mediante un hábil quiebro, y luego le arreó un tremendo puntapié en las posaderas. FJ impulso de Barns se vio así acrecentado.

Barns continuó corriendo agachado. Hunt se levantaba en aquel instante y recibió el impacto en pleno pecho. Los dos hombres, uno de ellos retrocediendo contra su voluntad, cayeron encima de una mesa y la convirtieron en astillas, con tremendo estrépito.

El otro se sentía muy furioso por verse derrotado por una mujer. Agarró una botella y la lanzó con todas sus fuerzas contra Fay.

—Eso es una indecorosa falta de galantería —protestó ella, mientras se agachaba para evitar el impacto del proyectil.

La botella se rompió fragorosamente contra una estantería. Varias botellas más saltaron en pedazos.

Steyr se llevó las manos a la cabeza.

—Me van a arruinar el establecimiento —gimió.

Un poco más allá, en el suelo, Hunt, con las facultades bastantes mermadas, se peleaba salvajemente con Barns. Su compinche se abalanzó contra la joven.

Esta vez, Fay se hallaba nuevamente preparada. Hizo girar el bolso sobre su cabeza y lo estrelló contra la nariz del hampón, que empezó a chillar frenéticamente. El sujeto no veía bien del todo y Fay aprovechó la ocasión para agarrarle de los pelos, tirar de él y hacerle correr un poco, hasta conseguir que se estrellase contra la barra.

El mostrador se derrumbó con enorme estruendo sobre el cuerpo de su dueño. Steyr aullaba como poseído por el diablo.

Fay meneó la cabeza.

—Ni en el cine emplean materiales tan endebles —comentó despectivamente.

De pronto, dio un salto hacia adelante y no por su voluntad. Chilló, mientras se llevaba ambas manos al final de la espalda, duramente golpeado por el otro sujeto, con puntapié totalmente inesperado. Hunt y Barns se levantaban en aquel momento, enzarzados en una pelea que no parecía tener fin y ella se dispuso a ayudar al joven, pero cuando se acercaba, Barns echó el puño hacia atrás, para golpear a su adversario, y el impacto la alcanzó en el ojo derecho.

—Oooh... —gimió, tambaleándose.

Furiosa, agarró a Barns por los pelos y empezó a darle tirones con todas sus fuerzas. Barns gritó a voz en cuello y en aquel instante fue cuando empezaron a entrar hombres con uniforme de color azul.

El abogado McDouglas les miró con severidad.

—He aceptado este encargo porque se trata del señor Medford, del que, por otra parte, desconozco su paradero. No obstante, cuando se enteró de la situación en que se hallaban ustedes dos, me telefoneó para que viniera a sacarles de este mal paso.

—Gracias —dijo Hunt desmayadamente.

—Le quedamos muy reconocidos, abogado —agregó Fay.

McDouglas hizo un gesto de pesar.

—No sé lo que le pasa a usted, Damon; es policía y se ha visto mezclado en una repugnante pelea tabernaria...

—¡Yo no la empecé! —contestó el joven acaloradamente.

—Eso ya lo aclarará usted ante el juez competente —dijo McDouglas, inflexible—. De momento, he tenido que pagar las fianzas de los dos y dar un adelanto al dueño del bar, a cuenta de los desperfectos ocasionados. Ya arreglaré el resto con el señor Medford... cuando lo encuentre. ¡Buenas noches!

El abogado desapareció. Fay exhaló un gran suspiro.

—Bueno, a fin de cuentas estamos libres —dijo.

—Yo tengo mi empleo en el aire. Después de lo de Burnett, el capitán hará todo lo posible para que me den una patada en el trasero y me echen de la policía —contestó Hunt tristemente—. La verdad es que me lo merezco...

—Damon, esta vez no tuviste tú la culpa —exclamó Fay.

—Sí, pero fíjate cómo nos encontraron los hombres de la patrulla. ¿A quién vas a convencer de que fuimos atacados? Tú, con tus antecedentes; yo, con los míos... Hay cosas que el abuelo arreglará con su dinero, pero no conseguirá evitar que me despidan ignominiosamente.

—Lo siento —dijo ella.

—Bueno, son cosas que pasan. Ahora, además, tenemos algo más importante en qué pensar. Susan se ha marchado con tía Annie y no sabemos dónde vive esta buena señora.

—¿No la conoces tú?

—No. Puede que sea pariente de su madre... Su padre era hermano de mi madre, lógicamente, pero yo no tuve contacto apenas con el hijo del abuelo, mi primo, en realidad.

—Comprendo. Bien, en tal caso el abuelo nos aclarará este extremo. El, sin duda, conoce a tía Annie y nos indicará dónde podemos encontrar a su nieta. ¿Te parece bien?

Hunt hizo un gesto de aquiescencia.

—Es la única solución —contestó.

Ella le miró unos segundos. Hunt tenía desgarrada la chaqueta y señales de golpes en la cara. Fay sabía que su ojo derecho estaba adornado por un hermoso círculo casi negro.

—La verdad, tenemos un aspecto más bien deprimente —comentó jovial, a pesar de todo.

—Sí, estamos hechos una pena. —Hunt agarró el brazo de la muchacha—. Vamos, es preciso armarse de valor para soportar la sarta de invectivas que nos va a dirigir mi tío.

Sorprendentemente, Medford se comportó con gran mesura, dando muestras de ser comprensivo con lo que les había ocurrido.

—Ésas son cosas que pueden pasarle a cualquiera —dijo cuando Hunt y Fay volvieron a casa—. Sobre todo, cuando uno es provocado sin motivo. Hiciste bien en avisarme, sobrino; así pude llamar yo a McDouglas y encargarle que se ocupara de vosotros. Claro que no le dije dónde estaba, por un elemental sentido de precaución. Pero vamos a lo que interesa. ¿Qué ha sido de Susan?

—Se marchó a ver a tía Annie, que está muy enferma —contestó Hunt.

Medford puso cara de sorpresa.

—¿Tía Annie?

—Sí, en efecto.

Hunt metió la mano en el bolsillo de su maltratada chaqueta y sacó el mensaje que le había entregado Steyr. Medford hizo un ademán.

—No me traje las gafas para leer —rezongó—. Dime lo que ha escrito esa maldita insensata.

—Está bien. —Hunt leyó el mensaje y luego miró al anciano—. Eso es todo, tío.

—Está muy bien, salvo por una cosa: tía Annie no existe —declaró Medford.

—¿Qué dice? —gritó Fay.

—Como lo oyes, muchacha. Conozco perfectamente a la familia de la que fue mi nuera, quien no tuvo ninguna hermana, ni siquiera una prima, que se llamase Annie.

—Entonces, ¿por qué lo ha escrito Susan?

Medford golpeó el papel con el índice.

—Es una chica lista, aunque tenga otros defectos —contestó—. La han secuestrado.

—Claro —exclamó Hunt—. Susan se dio cuenta de que alguien podría preguntar un día por ella y por eso pediría permiso a los secuestradores para despedirse del dueño del bar. Los secuestradores leerían la nota, vieron que no contenía nada sospechoso y la dejaron encima del mostrador.

—Exacto, así tuvo que suceder —concordó Medford.

—Secuestrada —murmuró Fay—. Pero ¿por quién?

Hubo un momento de silencio. Luego, Hunt chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo—. La banda de Warren no ha renunciado a sus proyectos. Consiguieron localizar a la auténtica nieta de mi tío y se la llevaron sabe Dios dónde.

—¿No tienes ninguna idea del lugar donde la esconden? —preguntó Fay.

Hunt meneó la cabeza.

—En absoluto —respondió—. Pero... se me ocurre una idea...

—¿Sí? ¿Es buena, muchacho? —exclamó Medford ávidamente.

El joven se volvió hacia Fay.

—Esos tipos, especialmente Burns, nos atacaron apenas pronuncié el nombre de Susan. Bueno, cuando oyeron mencionar el apellido Shafter.

—¡Es el de mi difunta nuera! —dijo el anciano, vivamente sorprendido.

—Susan lo usaba, para no ser localizada si empleaba su apellido auténtico. Pero ¿por qué diablos tenía que enojarse Burns cuando preguntamos por la chica? ¿Qué diablos podía importarle a él una joven que, en apariencia, tenía que resultarle absolutamente indiferente?

—Eso es cierto —admitió Fay—. Y yo creo que lo mejor sería buscar al tal Burns e interrogarle a fondo. También él ha salido del calabozo, con su compinche.

—Sí, Steyr nos dirá dónde viven...

El timbre del teléfono sonó en aquel momento y Hurí se interrumpió en el acto. Levantó el aparato y dijo:

—Soy Damon Hunt. ¿Quién llama?

—Medford está ahí —contestó un hombre cuya voz, evidentemente, había sido disfrazada—. Dígale que se ponga al aparato; queremos hablar con él inmediatamente.

Hunt apretó los labios. Vaciló un instante, pero al cabo entregó el auricular a su tío, a la vez que, con la otra mano, levantaba el supletorio.

—Para ti —indicó.

El anciano agarró el teléfono.

—Medford —dijo secamente—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Escuche, viejo loco —contestó el desconocido—. El asunto de la Fundación se ha ido al cuerno, pero tenemos otro mucho mejor. Métase esto en la cabeza: su nieta está, en nuestro poder. Vaya preparando un millón de dólares en billetes pequeños y sin numeración correlativa. Le damos tres días de plazo para que lo consiga. Dentro de setenta y dos horas exactamente le daremos las instrucciones precisas para la entrega del dinero, a cambio de la chica. Ah, y dígale a su maldito sobrino, el policía, que no meta las narices en este asunto o le rebanaremos el pescuezo a su nieta. Eso es todo.

CAPÍTULO X

La voz se calló súbitamente. Medford pareció perder de golpe todo su ánimo. Soltó el teléfono y se tapó la cara con las manos.

—Susan, mi nieta... Está en poder de esos malvados... Puede perder la vida, si no pago... —sollozó.

Fay se sintió conmovida al ver la pena que se reflejaba en el anciano y trató de consolarle. Hunt endureció el gesto.

—No pagarás, tío —dijo.

—Pagaré lo que sea, toda mi fortuna, si es preciso, pero no quiero que le suceda nada a Susan. ¿Me has entendido, Damon? —gritó Medford—. Tengo que rescatarla, para poder compensarle todo el daño que le he hecho con mi comportamiento intolerable...

—Pero, tío...

—¡No se hable más! Ahora mismo llamaré a McDouglas y le ordenaré que empiece a reunir la suma que me han pedido. Quiero tenerlo todo preparado para cuando me avisen el momento de la entrega. Y no me contradigas, Damon, o te echaré a patadas...

Medford levantó el teléfono nuevamente. Fay hizo una seña al joven y los dos se apartaron del anciano.

—Piensa pagar —dijo la muchacha.

—Está loco. Yo no daría un centavo por...

—Tú no eres él ni tienes sus sentimientos —le atajó Fay—. Lo que está haciendo es comprensible. No es que lo apruebe, pero me doy cuenta de su estado de ánimo.

—Bien, entonces, ¿hemos de quedarnos cruzados de brazos viendo impotentes cómo unos granujas se llevan bonitamente un millón de dólares?

—Claro que no, tonto. Lo único que tenemos que hacer es decirle que nos quedaremos quietos. Pero no será así. Tú empieza a

investigar; tienes medios de sobras.

—Investigar —gruñó Hunt, desesperado—. ¿Por dónde empiezo?
—A veces pienso que el capitán Reid tenía razón— dijo Fay sarcásticamente. —Nos hemos pasado el día en un calabozo por culpa de unos tipos que la emprendieron con nosotros sin aparente motivo. Por qué tuvieron que atacarnos Sam Barns y su socio, ¿eh?

Hunt hizo un gesto afirmativo.

—Ya entiendo. Esos tipos deben de saber algo...

—Y tú vas a ir a buscarlos y tratarás de sonsacarles lo que puedas. Tu tío te dio dinero; utilízalo generosamente. Esos tipos son muy sensibles a los billetes, Damon.

—Parece que los conoces bien —dijo Hunt, un tanto amoscado.

—Tengo cierta experiencia —respondió la muchacha, displicente—. Vamos, sal en su busca. Yo me quedaré aquí con tu tío, para darle ánimos.

Medford colgó el teléfono en aquel momento y se volvió hacia la pareja.

—Ya está —anunció—. McDouglas se pondrá mañana en contacto con el Banco, para conseguir el millón de dólares.

—Me voy al dormitorio —dijo Hunt con aire natural—. Voy a cambiarme de ropa. Tengo que salir; el frigorífico anda un poco escaso y debo reponer las provisiones.

—¿A estas horas? —se extrañó el anciano.

—Conozco una tienda que está abierta las veinticuatro horas del día.

Hunt cambió una mirada con Fay y ella hizo un leve gesto de aprobación. Diez minutos más tarde, Hunt subía a su coche y arrancaba en dirección a La Estrella y la Rosa.

Steyr le miró recelosamente apenas le vio en la barra, que había sido recompuesta de forma provisional. Hunt levantó una mano.

—Vengo en son de paz —dijo—. Además, yo no provoqué la pelea. Creo que le han dado ya un anticipo sobre el total de los gastos.

—Sí —gruñó Steyr—. Pero el mal rato que he pasado...

Hunt sacó cinco billetes de diez dólares y los dejó sobre el mostrador.

—Esto, por el mal rato —sonrió—. Ahora, dígame dónde puedo encontrar a los dos tipos que nos atacaron.

—Están a la sombra...

—No, han salido. Alguien pagó la fianza y los dejaron marchar.

—Ah, eso cambia las cosas. De Barns no puedo decirle nada, pero sí de su socio, Huck Malone. No suele venir mucho por aquí. Es amigo personal de Candy la Tonelada Doble. El bar está cinco manzanas más abajo, en la misma acera.

Hunt levantó las cejas.

—¿Se llama así el local? —preguntó.

—Oh, no —rió Steyr—. Se lo llaman a Candy. —Hizo un gesto con ambas manos, para indicar un busto femenino exageradamente voluminoso—. Cada globo pesa una tonelada, dicen.

—A algunos les gustan así —dijo Hunt.

—A Malone.

Hunt hizo un gesto de despedida con la mano. Diez minutos más tarde, se preguntó si los pechos de Candy tenían un origen natural o alguien los había inflado con una bomba de aire.

—Busco a Huck —dijo.

—¿Para qué? —contestó la mujer desabridamente.

Hunt estudió unos instantes el rostro de Candy. Había sido muy guapa en su juventud, y aún tenía cierto atractivo en su rostro de luna llena. Ahora pesaba al menos cien kilos y era evidente que usaba una faja que, se dijo, parecía un milagro que no estallase.

Lentamente, sin pronunciar una sola palabra, sacó unos billetes y los metió en el mantecoso escote de Candy.

—No hagas preguntas malignas —dijo.

Ella se estremeció ligeramente.

—Pasa por aquella puerta —indicó—. Ha llevado un día muy ajetreado y está en mi dormitorio, aguardando a que cierre el local.

—Si está tan cansado, pasarás una noche muy aburrida, Candy.

—Yo le espabilaré, no te preocupes —contestó ella con una risa atronadora, que agitó sus pechos violentamente.

Hunt no dijo nada. Momentos después, entraba en un amplio dormitorio, en el que había un sujeto, tendido sobre la cama a medio vestir, con una botella y un vaso en la mano.

—Hola, Huck —saludó.

Malone se incorporó lentamente. También tenía en su rostro señales de la pelea. En lo alto de la frente, se apreciaba un bulto de color morado.

—Usted —dijo rabiosamente.

—He venido en son de paz, Huck —declaró el joven—. Aunque no te lo creas, no quiero desquitarme de lo que nos habéis hecho tu amigo y tú en la taberna de Steyr. Sólo quiero saber por qué nos habéis atacado.

—Yo no empecé. Fue Sam y, claro, cuando vi que estaba en un apuro le ayudé... Soy un buen amigo suyo...

—Sam se puso furioso cuando oyó el nombre de Susan Shafter. ¿Por qué?

Malone llenó el vaso y tomó un rápido sorbo.

—Verá..., yo no sé nada... Estaba con Sam allí y...

Hunt sacó un impresionante rollo de billetes y separó unos cuantos de cien dólares. A su tío le sobraba el dinero y había podido darse cuenta de que Malone era muy sensible a los rectángulos de papel verdoso.

—Huck, éste es un asunto muy serio y puedes salirte de él diciéndome todo lo que sepas. Pero si prefieres callar, es muy posible que la próxima ocasión tu abogado no pueda sacarte de la cárcel tan fácilmente como hoy.

Malone miró ávidamente los billetes.

—Está bien —contestó—. Yo no sé qué asuntos se trae Sam entre manos, A veces me llama para que le acompañe y me da treinta o cuarenta «pavos». Nunca me dice por qué, ni me da explicaciones..., pero debe saber que tampoco he colaborado en un asesinato...

—No me importa lo que hayas podido hacer antes. Cuéntame lo que ha pasado hoy, hasta nuestra llegada a La Estrella y la Rosa.

—Sam me dijo que debíamos estar allí hasta que recibiéramos una llamada telefónica. Solamente debíamos fijarnos en la persona que preguntase por Susan Shafter. Pero Sam me engañó, porque no me dijo que había que pelear...

—¿Quién se lo ordenó a Sam?

Malone se encogió de hombros.

—Nunca me dice quién le paga —repuso—. Es muy reservado.

Hunt tuvo que admitir en su fuero interno que, seguramente, Malone le decía la verdad. Malone era un sujeto robusto, más aún que el propio Barns, la clase de hombre que se necesitaba en una buena pelea, sobre todo cuando los riesgos de respuesta por parte del atacado eran mínimos.

«Matones a sueldo, en una palabra», pensó.

—Bien, ahora te haré dos preguntas. La primera de ellas: ¿dónde puedo encontrar a Barns?

Malone volvió a mirar los billetes.

Hunt sonrió y tiró cinco sobre la cama.

—Sheldon Arms, apartamento 907 —dijo Malone.

—Eso está cerca de aquí, creo.

—Dos manzanas, hacia el norte.

—Muy bien. La última pregunta: Hoy estaba en el mostrador una chica, precisamente Susan Shafter. ¿La viste cuando llegasteis al bar?

—Sí. Fuimos alrededor de las diez de la mañana. Tomamos una taza de café. Luego vino un tipo y habló en voz baja con ella. No sé lo que le diría, pero Susan escribió algo en un papel, lo dejó sobre el mostrador y luego se largó con el tipo. Eso es todo lo que sé.

—Salvo el aspecto que tenía el individuo que se llevó a Susan.

—Oh, era bastante guapo, elegante, con canas en las sienes... De la clase de gente que no se ve a menudo por estos barrios.

«Gallón», pensó Hunt en el acto.

—Gracias, Huck.

Desde la puerta, se volvió y miró al sujeto.

—No digas una palabra a nadie, ni siquiera a Sam, o vendré un día de éstos a convertir tu cuello en un sacacorchos —dijo como final de la entrevista.

Cuando salía, pensó satisfecho que ya sabía quién tenía secuestrada a Susan. Tenía el «quién», se dijo, pero le faltaba el «dónde».

Sam Barns se lo diría, seguramente.

—Y pobre de él si se empeña en mantener la boca cerrada —gruñó.

Candy le, miró sonriente, cuando llegaba al mostrador. —¿Qué tal lo has encontrado?— preguntó.

—Un poco averiado, pero estará en forma para cuando vayas al dormitorio —rió Hunt.

—Le compadezco, si no se porta como es debido —contestó Tonelada Doble con una rotunda carcajada.

El apartamento de Barns estaba en el noveno piso y era el número siete. No había nadie fuera de sus casas en aquellos

momentos y Hunt llegó tranquilamente ante la puerta. Escuchó unos momentos y, al no percibir el menor sonido, se decidió a usar la lámina de acero que ya había empleado en casa de Honey.

Abrió lentamente. El apartamento estaba a oscuras. Sacó su linterna y paseó el haz de rayos luminosos por todas partes. Seguramente, se dijo, Barns debía de haber salido. Bien, le aguardaría todo el tiempo que fuese necesario y...

El foco de luz penetró en un dormitorio y pareció reflejarse en algo que no era un espejo ni tenía nada que ver con el vidrio. Hunt se puso rígido en el acto.

Aquello que reflejaba la luz era una papila humana. Tanteó con la mano izquierda, buscó el interruptor y encendió la luz.

Barns yacía sobre la cama, con los ojos muy abiertos y una mano colgando fuera. En el centro de su pecho se veía la mancha de color rojo, que indicaba bien claramente cuál había sido la causa de su muerte.

Inspiró profundamente. A Barns le habían tapado la boca. ¿Por qué?

—Quizá por el mismo motivo que a Burnett, Dewes y Allen —murmuró.

Al cabo de unos minutos, reaccionó lo suficiente para registrar el apartamento. Pronto se convenció de que el asesino se le había anticipado. Salvo el papel higiénico del baño, en la casa no quedaba un solo trozo de otra clase de papel ni nada, en suma, que pudiera proporcionarle la más mínima pista sobre el lugar donde se hallaba Susan Medford.

CAPÍTULO XI

El anciano dormía todavía. Hunt tomó una taza de café y fijó la vista en el hermoso rostro de Fay.

—No encontré ninguna pista, pero sí me dieron un dato muy valioso. Susan está con tu «prometido».

—Melvin Gallón —dijo ella pensativamente.

—Sí. Ahora, si pudiéramos saber dónde está ese tipo...

—Hoy tratarás de encontrarlo, supongo.

—Haré lo que pueda, aunque debo moverme con la máxima discreción. De todos modos, casi me siento tentado a esperar a que llame el hombre que dio anoche las instrucciones para la entrega del dinero.

—¿No le reconociste por la voz?

—Tenía un pañuelo delante del micrófono. Es una treta muy vulgar, pero efectiva.

—Y si esperas a que llame, ¿qué harás?

—Seguir al coche que lleve el dinero.

—Oh, no; Susan podría morir...

—Fay, tengo la sensación de que estos tipos quieren acabar de una vez. Piensan dar un golpe de un millón de dólares y no dejarán que Susan pueda identificarlos algún día. Sabemos que Gallón es uno de ellos, pero ¿podemos probarlo?

—Es verdad —admitió ella, meditabunda—. Si no encontramos otra solución, tendremos que esperar esa llamada, que será pasado mañana, hacia las diez de la noche.

—Exactamente.

—Pero tu tío no dejará que escuches por el supletorio. Lo dijo anoche bien claro, cuando te fuiste. Lo único que quiere es rescatar a Susan.

—Sí, siempre ha sido así. Siempre ha hecho su voluntad, sin importarle el daño que causaba a otras personas. Por eso se apartaron mis padres de él, y yo también me aparté y Susan se hartó un día y abandonó una casa llena de lujos, que debería haber sido un paraíso y que era un infierno para ella. Es un tipo muy duro, Fay.

—Lo sé, pero ahora parece haber cambiado radicalmente. Concédtele una oportunidad, antes de juzgarle de forma definitiva.

—Desde luego —contestó él—. Pero no por ello dejaré de averiguar las condiciones de la entrega del dinero.

—¿Cómo lo harás, si él no te lo dice?

Hunt sonrió maliciosamente.

—Tengo tiempo de sobra, así que voy a instalar una grabadora de funcionamiento automático, sin que él se dé cuenta. Luego, cuando haya hablado con los secuestradores, tú le distraerás y yo... ¿Lo entiendes, Fay?

Los ojos de la muchacha brillaron alegremente.

—Es una idea estupenda —calificó.

Cuando sonó el teléfono, a la hora señalada, Medford hizo un gesto imperativo con la mano.

—Salid los dos —ordenó—. Y que no os vea escuchándome por nada del mundo. ¿Está claro?

Hunt hizo un movimiento con la cabeza.

—Salgamos al jardín, Fay —propuso.

Un cuarto de hora más tarde, Medford se asomó a la puerta.

—Ya podéis entrar —dijo.

Hunt y la muchacha volvieron a la casa.

—McDouglas se encargará de entregar el dinero —anunció Medford—. Esto es todo lo que puedo decir... y no admitiré reproches, ¿entendido?

Hunt alzó las dos manos.

—Susan es tu nieta y el dinero es tuyo, tío —contestó.

Medford se fue a la cama poco más tarde. Apenas estuvieron en seguridad, Hunt sacó la cinta de la grabadora y la puso en una reproductora. Una voz ya conocida sonó en el acto:

—«El abogado McDouglas será el encargado de llevar e) dinero. Comprará una maleta y pegará en los dos costados sendas tiras de color anaranjado, de papel adhesivo u otro material similar. Saldrá

de la ciudad en dirección Sur, viajará durante treinta millas y luego se desviará hacia el Oeste, por el camino que hay en el cruce llamado de los Cinco Robles. Cinco millas más adelante, encontrará un grupo de álamos, algo separados del arroyo que hay en aquellos parajes. McDouglas se detendrá allí a las dos en punto, dejará la maleta en el centro de los álamos, con uno de los costados mirando hacia el Noroeste. A continuación se volverá a la ciudad, sin detenerse un solo momento. Susan será liberada antes de que sea de noche. Ah, una advertencia final: no traten de poner en el coche del abogado una emisora de radio, para seguirle por sus señales. Tenemos un detector y si nos enteramos de que han hecho una cosa semejante, mataremos a Susan. Fin del mensaje».

Hunt pulsó la tecla de cierre y se mordió los labios pensativamente. Fay le miraba con interés.

—Apostaría algo a que estás pensando en un helicóptero, para vigilar a McDouglas desde el aire —dijo.

—No, oirían el ruido y podrían sospechar —rechazó él la idea—. Pero sí se puede volar silenciosamente... y si no oyen ruido, no levantarán la cabeza.

—No entiendo —manifestó la joven.

—¿Es que no has oído hablar nunca del vuelo a veía?

Fay sintió una especie de sacudida.

—Cielos, qué idea tan fantástica... Pero pueden ver el avión...

—¿Crees que sospecharán de un chiflado que está dando vueltas por el aire con un avión sin motor?

—Creo que no, pero el problema estriba ahora en encontrar al piloto —alegó Fay.

Hunt se señaló a sí mismo con el pulgar.

—Lo tienes delante de ti, encanto —respondió.

—¿Tú? —se asombró ella.

—Hubo un tiempo en que era muy aficionado al vuelo sin motor. Luego lo descuidé un poco, por mi profesión, pero aún conservo el título y la licencia.

—Si tienes que pilotar el aparato, no podrás fijarte mucho en lo que pasa en el suelo, Damon.

Hunt miró fijamente a su hermosa interlocutora. Fay comprendió el sentido de aquella mirada y se puso una mano en la boca.

—Quieres... que yo te acompañe...

—Hay aviones sin motor de dos plazas —contestó él llanamente.

—Tendré que confiar en tu pericia, Damon.

—Estaremos embarcados en el mismo bote —sonrió él.

Durante buena parte de la noche, Hunt se dedicó a estudiar los mapas de la región. Cuando el avión remolcador despegó, arrastrando el velero, con los dos tripulantes a bordo, Hunt sabía ya perfectamente el rumbo que debía tomar.

La entrega del dinero debía hacerse a las dos de la tarde, cosa que le convenía, porque así el sol habría tenido tiempo de calentar la tierra y provocar térmicas ascendentes, que ayudaran a mantener al avión en vuelo. La suelta se efectuó a unos cuatro mil metros y a unos doce kilómetros, aproximadamente, del lugar en que McDouglas debía dejar la maleta con el rescate.

El remolcador regresó inmediatamente. Fay, en la parte delantera de la cabina, exploraba continuamente la tierra con la ayuda de unos prismáticos.

El avión sin motor inició de pronto un largo descenso, que terminó suavemente cuando sólo se hallaba a unos dos mil metros. Hunt supo encontrar una corriente ascendente y volvió a ganar altura, a la vez que se cercaba al objetivo.

A bordo del velero solo se oía el silbido del viento al pasar por sus estructuras. Tras la cabina aerodinámica, Fay escrutaba sin cesar el suelo. De pronto, descubrió el grupo de álamos y se lo señaló a Hunt con la mano.

Hunt hizo un gesto de aquiescencia y, a tres mil metros, describió un enorme círculo, muy lentamente. Pasado un cuarto de hora, poco antes de las dos, Fay divisó una casa apenas visible, oculta entre un frondoso grupo de árboles.

—Tiene que ser ahí —dijo.

Hunt dio otra vuelta. La ausencia del ruido del motor, calculó, haría que los secuestradores no levantasen la vista instintivamente hacia las alturas. De repente, notó que el aparato se movía de una forma extraña. Estaba mirando hacia abajo y, cuando se dio cuenta, Fay había levantado ya el trozo de cúpula correspondiente a su puesto y se había puesto en pie. Gritó enfurecidamente, pero antes de que pudiera hacer nada, ella se había lanzado ya al vacío.

—¡Estás loca! —aulló.

Fay descendía ya con la velocidad de una piedra. Durante unos segundos, Hunt tuvo que aplicarse a la tarea de dominar el aparato. Consiguió cubrir la cabina nuevamente y luego se ladeó para contemplar el descenso de la chica.

Fay caía a plomo. Hunt se dio cuenta de que aterrizaría a unos trescientos metros de la casa, hacia la parte trasera. Los secuestradores, lógicamente, estarían más ocupados en vigilar lo que sucedía en el camino de acceso.

Pero el paracaídas no se abría. Hunt se aterró.

—Va a estrellarse...

A unos cuatrocientos metros del suelo, surgió de repente una cúpula blanca. Hunt respiró aliviado.

—Eso sí que es tener sangre fría —dijo, admirado a su pesar.

Se alejó de aquel lugar, pero manteniendo los álamos bajo vigilancia. A las dos en punto, llegó un automóvil de color negro. Su ocupante se apeó, arrastrando una pesada maleta.

McDouglas se fue minutos más tarde. Un cuarto de hora después, se vio llegar un coche procedente de la casa, situada a unos tres kilómetros de distancia y absolutamente invisible desde el suelo. Un hombre se apeó, penetró en la espesura y volvió a salir momentos más tarde, con la maleta en la mano.

Hunt continuó la vigilancia. Apenas cinco minutos más tarde, vio llegar un descapotable de color blanco. Asestó los prismáticos hacia abajo y casi se quedó sin aliento al reconocer a su ocupante.

—Ahora me lo explico todo —masculló.

El coche se encaminó hacia la casa donde estaba Susan. Hunt procuró situarse con el sol a la espalda y voló a unos dos mil metros de altura. De repente, vio dos minúsculas figuritas que salían de la trasera de la casa y escapaban a todo correr, buscando el abrigo de una barrancada que había en las inmediaciones. Los prismáticos le hicieron ver una cabellera dorada, inconfundible. El pelo de la otra joven era de color más oscuro, casi negro.

Hunt meneó la cabeza y sonrió.

—Es una muchacha estúpida —murmuró.

Metió timones y el velero viró dócilmente. Era hora de regresar. Aunque no sabía si la altura que llevaba le serviría para alcanzar la base de partida, pero no se preocupó demasiado, porque en aquella zona había bastantes sitios donde tomar tierra sin demasiadas

complicaciones.

Llegó a la casa en silencio, sin ser advertida, y se situó junto a una de las ventanas. En aquella habitación no había nadie. Pasó a la siguiente y vio a una muchacha, tendida en una cama, y atada de pies y manos.

Fay no se lo pensó dos veces. Alzó el bastidor y penetró en el dormitorio.

—Silencio —dijo, con un dedo sobre los labios.

Susan Medford la contempló con ojos de asombro. Fay se acercó al lecho, con una navaja en la mano, y empezó a cortar las ligaduras de la prisionera.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, aunque un poco débil...

—Tendrás que correr mucho, Susan.

—No se preocupe. Pero ¿quién es usted?

—Fay Rohrman. Ya conocerás otros detalles míos en el momento oportuno.

Las cuerdas quedaron cortadas al fin.

—Susan, frótate las muñecas y los tobillos. Haz unas cuantas flexiones para que se entonen tus músculos —aconsejó.

Susan obedeció. Pasmada, vio que Fay sacaba un revólver de cañón corto y se acercaba a la puerta, para escuchar, mientras ella realizaba los ejercicios de precalentamiento.

Al cabo de unos minutos, Fay se volvió.

—¿Lista, Susan?

—Sí, Fay.

—Entonces... ¡a correr!

Momentos después, salían por la ventana. Fay buscó la protección de la cercana barrancada. Levantó la vista al cielo y vio el silencioso punto que se movía lentamente en círculos por encima de sus cabezas.

«¡Qué sorpresa te habrás llevado, Damon!», murmuró para sí.

CAPÍTULO XII

La maleta estaba abierta cuando Honey Deckham entró en la estancia. Gallón la miró con ojos chispeantes.

—Todo ha salido como lo planeaste —dijo, exultante de alegría.

Honey se acercó a la mesa donde estaba el dinero y pasó la mano por los billetes durante unos instantes, en actitud pensativa. Gallón, Warren, Pullo, éste con el brazo todavía en cabestrillo, y un tal Patterson, que también formaba parte de la banda, la contemplaron expectantemente.

—¿Qué te sucede? —preguntó Warren—. ¿No estás satisfecha?

—Oh, sí, claro que sí —contestó Honey—. ¿Dónde está la prisionera?

Gallón señaló una puerta con la cabeza.

—Allí —dijo.

—Hay que liquidarla.

Gallón frunció el ceño.

—Oye, Honey, un trato es un trato y prometimos soltarla, cuando entregasen la «pasta»...

—¡Imbécil! Os ha visto durante tres días. Podría identificaros si llegaran a deteneros. En el mejor de los casos, os costaría una condena de prisión perpetua. Pero ya se ha restablecido de nuevo la pena de muerte. ¿Lo entiendes?

Inquietos, los secuestradores se miraron unos a otros. Honey se dio cuenta de sus vacilaciones. Abrió el bolso y sacó una pesada automática, calibre 45.

—Está bien, tropa de gallinas —dijo—. Yo lo haré, si ninguno de vosotros tiene entre las piernas lo que debe tener un hombre.

Giró sobre sus talones, se acercó a la puerta, abrió de golpe y alargó la mano armada.

Pero no disparó.

—¡Ahí no está! —chilló.

Gallón se precipitó hacia la puerta y vio las cuerdas cortadas y la ventana abierta.

—No comprendo cómo ha podido escaparse...

—Bueno, a fin de cuentas, lo he pensado mejor y os voy a evitar el problema de ser identificados ante un tribunal —contestó Honey.

—¿Qué quieres decir?

Honey no habló. Apretó el gatillo y Gallón dio un tremendo salto hacia atrás.

—¿Te has vuelto loca? —chilló PULLOW.

Fue lo último que dijo. El siguiente disparo le dio en medio de la frente. Warren no se entretuvo en preguntas; dio media vuelta, se lanzó hacia una de las ventanas y la atravesó como un obús.

Patterson intentó escapar por la puerta, pero dos balas le alcanzaron en el centro de la espalda y cayó, quejándose sordamente. Honey corrió hacia la ventana y apuntó al hombre que corría desesperadamente a campo traviesa.

Apretó el gatillo. Warren abrió los brazos y desapareció bruscamente en una hondonada. Honey, satisfecha, volvió a guardar el arma.

Le costó mucho llevar el enorme maletón hasta el coche, pero al fin pudo acomodarlo en el sitio adecuado. Luego arrancó a toda velocidad, sin volver la vista atrás un solo segundo.

El avión sin motor yacía inclinado de ala sobre una llanura cubierta de hierba. Su piloto salió al encuentro de las dos mujeres que corrían en aquella dirección. Hunt agitó los brazos para hacerse visible.

Fay y Susan se le acercaron, sudorosas y jadeantes.

—Hola —dijo el joven—. ¿Qué tal, Susan?

—Damon —exclamó Susan, atónita—. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, tratar de que vuelvas sana y salva a casa de tu abuelo. Que es mi tío, si lo recuerdas.

—Ese viejo capataz de esclavos...

—Está empezando a cambiar, Susan, ya lo verás.

Hunt se volvió hacia la otra.

—En cuanto a ti, Fay, hablaremos luego a solas. Tengo que decirte unas cuantas palabritas. Y no me hará falta nadie para

sujetarte debidamente y zurrarte el trasero, hasta que me arda la mano.

—Te guardarás muy mucho de tocarme un pelo —contestó la muchacha desafiante.

—¿Por qué lo hiciste, loca? Tú no tenías ninguna obligación...

Fay se inclinó y sacó algo de la caña de su bota derecha.

—Policía del Estado, Sección Especial —anunció.

—¡Atiza!

Hunt se quedó sin respiración. Examinó la credencial y luego frunció el ceño.

—Podrías haberlo dicho antes —rezongó.

—No me convenía. Era preciso que siguiera desempeñando la comedia, incluso con un historial delictivo completamente falso, como puedes comprender.

—Sí, ahora lo entiendo, pero ¿qué diablos investigabas?

—Una prójima llamada Honey Deckham y su red de informadores. ¿Te suena el nombre, Damon?

—Honey, ¿eh? ¿Sabes que es la que organizó el secuestro de Susan?

—Me lo figuraba. También sé otras de sus habilidades. Por eso me tiré en paracaídas; quería evitar que asesinara a Susan. Hemos oído muchos disparos desde lejos. Damon, apostarí a doble contra sencillo a que Honey ha liquidado a todos sus colaboradores.

El joven se estremeció.

—¿Tú crees?

—Sí, seguro. ¿Sabes que Dogg Walters el Bestia era su amante? No un amante ocasional, sino de «plantilla», para que lo comprendas mejor.

—Entonces, todos esos asesinatos...

—Salvo el del doctor Greenbourne, ejecutado, probablemente, por Sam Barns, y éste, que debió de morir a manos de Honey, todos los hizo Walters. Los muertos eran confidentes de Honey, pero no entiendo por qué se deshizo de ellos.

—Probablemente, porque quería disolver la organización, después de un buen golpe, como el que pensaba dar con el secuestro de Susan —opinó el joven—. Podían comprometerla un día y, además, no tenía que repartir con nadie el dinero del botín.

—Y, ¿no sospechaste nunca de Honey? —preguntó Fay.

Hunt hizo un gesto afirmativo.

—Sí, sospechaba ya, porque nadie podía estar tan bien informado como ella.

—Es una tigresa sanguinaria, Damon. Hemos de alcanzarla antes de que sea demasiado tarde.

—Para algunos, ya es demasiado tarde —contestó el joven sombríamente—. Pero no permitiremos que salga del país.

—Tiene un millón de dólares.

—Eso es lo de menos. Ha matado a mucha gente. Tiene que pagarlo. —Hunt volvió los ojos hacia la otra muchacha—. Susan, ¿cómo te sientes?

—Estupefacta, pero bien —sonrió la aludida.

—Sería mejor que empezásemos a caminar de nuevo...

—No te molestes, Fay. He usado la radio, ahora que ya no hay problemas. Viene un coche a recogernos, además del camión que habrá de llevarse despiezado el avión. Tío Norton habrá de pagar una factura enorme por todo lo que hemos hecho.

—Le sobra el dinero —sonrió Fay.

Estaba terminando de preparar su equipaje, cuando, de pronto, notó que había alguien más en la casa. Lentamente, alargó la mano hacia el bolso, sin mirar hacia atrás, pero sus dedos sólo rozaron la pulida superficie de una mesa.

—No te molestes —dijo el hombre—. Tengo tu pistola.

—¡Sholto!

Warren captó el estremecimiento que sacudía el cuerpo de Honey.

—Estoy vivo —contestó.

—Te vi caer por la barrancada...

—Simulé haber sido herido. Tenía que engañarte.

—Podía haber ido hasta allí, para cerciorarme de tu muerte. «Debería» haberlo hecho —dijo Honey rabiosamente.

—No me habrías encontrado. Además, yo estaba oculto detrás de un matorral, con una buena piedra en la mano. En realidad, deseaba que vinieras para machacarte la cabeza.

—Ahora lo harás, ¿verdad?

—Haré algo mejor. Haré justamente lo que te mereces.

Honey empezó a temblar.

—Sholto, ¿qué te propones...?

De pronto, sintió un golpe en la cabeza y empezó a caer al suelo. Durante unos segundos, perdió el conocimiento, aunque se recuperó relativamente pronto.

Pero Warren había realizado ya su labor y notó que estaba atada de pies y manos. El pánico la invadió por completo.

—¡Sholto! —aulló.

Warren entró momentos después con una gran lata en las manos. Había en sus ojos una ardiente mirada de odio.

—Habíamos cometido algunos pecadillos y tú nos tenías sujetos por la nariz, obligándonos a hacer todo lo que querías —dijo rencorosamente—. No éramos unos santos, pero tampoco nos merecíamos acabar de tan mala manera.

—Sholto, por favor... —suplicó ella—. Abajo, en el coche, hay un millón de dólares...

—Ya lo sé.

Honey lanzó un aullido casi animal.

—Por lo que más quieras... Sholto, perdóname... Estaba ciega...

Warren la miró un instante.

—Ciega, pero por la ambición y la falta de piedad más absoluta —contestó—. Tres una mujer perversa, infinitamente mala; nadie podría perdonarte lo que has hecho. Y el fuego, las llamas, además de consumirte a ti, consumirán también tus malditos documentos.

—El archivador es a prueba de fuego...

—¿Crees que no lo sé? ¡Mira hacia allí!

Tendida en el suelo, Honey alzó un poco la cabeza. Adherido al mueble metálico, había un paquete de una forma muy especial, con un apéndice de color, de unos cinco centímetros de longitud.

Honey sintió que los pelos se le ponían de punta. Ferozmente, Warren añadió:

—La dinamita reventará el metal y el fuego consumirá la maldad que hay allí adentro.

El combustible empezó a derramarse por el suelo. Honey aulló horriblemente. Impasible, Warren continuó su tarea, hasta vaciar por completo el recipiente.

—¡Sholto, al menos pégame un tiro! —chilló la mujer—. No me dejes morir abrasada...

—Las brujas también morían en la hoguera —contestó él, con acento rebosante de odio.

Sacó un fósforo y prendió la mecha del explosivo. La misma llama sirvió para inflamar la gasolina derramada por el suelo.

Se oyó un chillido horroroso. Warren escapó a la carrera.

Hunt detuvo el coche, justo cuando se veía surgir un siniestro resplandor rojizo en el interior de la casa. Un hombre salió corriendo y el joven sacó su pistola.

—¡Quieto, Warren!

El sujeto, enormemente sorprendido, se detuvo un instante.

—Usted...

—No se mueva —ordenó Hunt—. Levante las manos.

—Escuche, ahí, en ese coche, hay un millón de dólares. Podemos repartirlos al cincuenta por ciento cada uno. Los billetes no están marcados; nadie podrá arrestarnos...

—Es inútil, Warren.

Dentro de la casa se oían unos chillidos espantosos. Hunt se puso pálido.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó.

En el mismo instante, se oyó una tremenda explosión, Hunt se agachó instintivamente.

Warren intentó escapar. Alguien disparó un arma y el sujeto cayó al suelo, agarrándose una pierna con ambas manos.

Fay surgió de entre las sombras.

—Damon, ¿qué ha pasado en la casa? —exclamó.

El fuego devoraba por completo la estructura del edificio. Los gritos habían cesado.

—Pregúntaselo a Warren —dijo él.

—Sospecho que Honey ha purgado todas sus culpas —murmuró Fay.

Hunt se acercó a Warren y se acucilló a su lado.

—No hubiera conseguido nada con el dinero —dijo.

Warren le miró inquisitivamente, con el rostro deformado por el dolor. Hunt añadió algo y el sujeto mostró primero sorpresa y luego empezó a reír histéricamente.

—Casi desearía que Honey estuviera viva —dijo.

Hunt lanzó una mirada hacia la casa, que ardía en pompa, y meneó la cabeza.

—Eso ya no es posible —contestó—. Warren, sospecho que puso la dinamita para reventar el archivador y permitir así que se

quemasen todos los documentos.

—Sí —admitió el sujeto desmayadamente.

Se oían sirenas que se acercaban rápidamente. Hunt se volvió hacia la muchacha.

—No podrás conseguir nada de esos archivos —dijo.

Fay se encogió de hombros.

—Muchos dormirán tranquilos a partir de ahora —respondió.

Entró en el gran salón, portador de una enorme maleta, que depositó sobre una mesa. Fay, Susan y el anciano le contemplaron con curiosidad.

—¿Qué es eso, Damon? —preguntó Medford.

—Un millón de dólares, tío.

—¿Otro? Pero si ya se recuperaron...

—No. Los que fueron a parar a manos de los secuestradores eran billetes dispuestos para ser inutilizados. Ya no tenían valor alguno.

Medford frunció el ceño.

—A McDouglas le dieron dinero legítimo en el Banco —alegó.

—Lo sé. Y yo estuve hablando con un buen amigo, que pertenece al Departamento del Tesoro, y fue quien me proporcionó el dinero inútil. Busqué una maleta igual a la que tenía que llevar McDouglas, puse las tiras rojas en los costados y le di el cambiazó.

—Es un tipo listo, señor Medford —dijo Fay.

El anciano calló unos momentos. Luego, habló lentamente:

—Damon, siempre quise que estuvieras a mi lado. Ahora vuelvo a repetirte la petición. Necesito un hombre de confianza. ¿Qué me contestas?

—Ya tienes a Susan, tío.

—Oh, ella es joven... Se casará y se irá de aquí otra vez...

—Ah, piensas que yo no me voy a casar nunca.

—¿Con quién?

Hunt carraspeó y miró a Fay. La chica se puso colorada.

—Señor Medford, yo no sé nada —dijo.

Susan se echó a reír.

—No desperdicies la ocasión, Fay.

—Pero yo... tengo un buen empleo... Me gusta...

—Puedes dimitir —sugirió Susan.

Fay volvió los ojos hacia el joven.

—Tendré que pensármelo —dijo.

—No tengo prisa —manifestó Hunt.

—A propósito —exclamó Medford—. Reid me ha llamado. Dice que se equivocó contigo. Quiere que vuelvas a tu puesto.

—Si lo hago, no podré quedarme contigo, tío.

—La decisión es tuya, sobrino. Yo no pienso forzarte en un sentido u otro. En realidad, a partir de ahora dejaré que cada cual haga lo que quiera.

—Magnífico —exclamó Hunt—. Fay, cuando nos conocimos te llevé a cierto lugar encantador, pero alguien nos interrumpió la diversión. ¿Qué te parece si volviésemos a reanudarla en el mismo punto en que fue cortada?

—Me parece muy bien —aprobó Fay.

Hunt se apoderó de su mano y tiró de ella hacia la puerta.

—Adiós, tío. Susan...

—¡Volved para la hora de cenar! —gritó Medford—. Me gusta ser puntual y en esta casa el que no está a la hora de la cena, se va a la cama con la tripa vacía.

Hunt miró a la muchacha y se echó a reír.

—Dijo que cambiaría.

—Parece que no puede desprenderse de los viejos hábitos —contestó Fay.

Hunt se volvió hacia el anciano.

—Tío, volveremos a la hora que nos dé la gana, y si no te gusta puedes meterte nuestra cena donde mejor te quepa. ¿Está claro?

Medford se sofocó.

—Los jóvenes de hoy día no tienen respeto hacia sus mayores —dijo quejumbrosamente.

—Pero los mayores, muchas veces, tampoco comprenden a los jóvenes —contestó Susan maliciosamente.

El anciano se removió en su butaca.

—Sí, algo de razón tienes, muchacha —admitió a regañadientes—. Pero me preocupa lo que ha dicho Damon en último lugar.

—¿Qué pasa, abuelo?

—¿Qué harán, si no vienen a cenar?

Susan sonrió enigmáticamente.

—Eso no es cosa que te importe en absoluto. Ni a mí tampoco —respondió—. Lo que hagan a partir de ahora, sólo les incumbe a ellos, abuelo.

Cuando se acomodaban en el coche, Fay lanzó un gran suspiro.

—Estoy pensando. Damon, hubo un momento en que yo valía diez millones de dólares —dijo—. Una bonita cifra, ¿verdad?

—Ahora vales más, muchísimo más —contestó él.

—¿De veras?

—Sí. Yo no te cambiaría ni siquiera por diez millones de dólares.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de

escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**